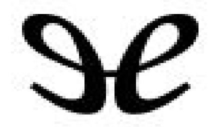
John Steinbeck

Los vagabundos de la cosecha

Fotos de Dorothea Lange y prólogo de Eduardo Jordá



A comienzos de los años treinta, cuando el país atravesaba la Gran Depresión, una persistente sequía asoló el medio oeste de los Estados Unidos, expulsando de sus granjas a decenas de miles de campesinos que se vieron obligados a emigrar en busca de trabajo. Se calcula que cerca de ciento cincuenta mil norteamericanos vagaban por las carreteras del estado de California ofreciéndose como temporeros para la cosecha. A pesar de ser imprescindibles para llevar a cabo la recolección, eran recibidos con odio y menosprecio por los habitantes de las localidades por donde pasaban, tachados de ignorantes, sucios y portadores de enfermedades. John Steinbeck, entonces un prometedor escritor, los retrató en una serie de reportajes aparecidos en 1936 en *The San Francisco News*. El trabajo realizado para preparar estos artículos le permitiría publicar, poco más tarde, su novela más lograda: *Las uvas de la ira*.

En la misma época, otra artista, la fotógrafa Dorothea Lange, fue contratada por el Gobierno federal para documentar la situación de esos inmigrantes. Algunas de aquellas imágenes se han convertido en clásicos de la fotografía, del mismo modo que los reportajes contenidos en este libro se han convertido en clásicos de la literatura.



John Steinbeck

Los vagabundos de la cosecha

ePub r1.1
Titivillus 28.06.2020

Título original: *The Harvest Gypsies*
John Steinbeck, 1936
Traducción: Marta Alcaraz
Ilustraciones: Dorothea Lange
Fotografías: Dorothea Lange. Detalle de los créditos fotográficos en la sección «Créditos fotográficos»
Fotografía de cubierta: *Family in Tulare*, Dorothea Lange

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Prólogo

El fantasma de Tom Joad

I

Con cualquier novela se podría escribir una novela paralela, basada en documentos y en testimonios reales, que contara la historia de su composición, los lugares y las circunstancias que la inspiraron, el propósito —descabellado o no— que el autor pretendió alcanzar, y las ideas que le quitaban el sueño mientras la escribía. Y esa novela potencial debería contar también en qué casa o en qué habitación de hotel se escribió la página inicial, y desde qué estafeta de correos fue enviado al editor el manuscrito final, lleno de tachaduras y borrones. Y esa otra novela no podría olvidar el relato de las vidas de los personajes reales que sirvieron de modelo, siquiera fuese de forma muy parcial, a los personajes que acabaron apareciendo en la novela.

Algo así hizo Thomas Mann cuando escribió *Los orígenes del Doctor Faustus: la novela de una novela* (1949), pero esta práctica no es la habitual, y uno en cierta forma lo agradece, porque la historia de la literatura, si cada novela contara con la correspondiente «novela de la novela» —y cada relato con el «relato del relato», y cada poema con el «poema del poema»—, se iría multiplicando de una manera monstruosa. Pero uno, de todas formas, lamenta que no existan las novelas que cuenten la historia de las novelas que más le gustan.

Por fortuna, siempre podemos reconstruir la historia secreta de algunas novelas gracias a la correspondencia o a los diarios de sus autores. La historia oculta de *Madame Bovary*, por ejemplo, se halla en las cartas que Flaubert enviaba casi a diario a Louise Colet. Los diarios de Virginia Woolf y de Katherine Mansfield dan cuenta con una minuciosidad a veces agónica del estado de ánimo con que sus autoras se embarcaban en la composición

de una nueva novela o de un nuevo relato. Y todos los buenos lectores lamentan que Vladimir Nabokov no se decidiera nunca a escribir la historia de *Lolita*, desde su débil latido inicial hasta su publicación en una pintoresca editorial parisina especializada en literatura erótica, aunque Nabokov la dejó esbozada en el epílogo que escribió en 1956 y que tituló «Sobre un libro llamado *Lolita*». En ese epílogo se narra el momento supremo de esa otra novela conjetural, ese día en que un desesperado Vladimir Nabokov, asustado y a la vez hechizado por las proporciones que estaba tomando su libro, llevó el manuscrito —una pila de fichas numeradas— hasta el incinerador de residuos que había en el jardín de su casa en Ithaca, en el norte del estado de Nueva York, de donde fue rescatado en el último momento por una solícita Vera Nabokov (o así quiso contarlo su marido, y por supuesto que no hay ningún motivo para creerle, porque este episodio puede ser también ficción, y uno sospecha que lo es).

II

Los vagabundos de la cosecha es ante todo un espléndido documento periodístico y un airado alegato social, pero también puede leerse como una suerte de novela preliminar a *Las uvas de la ira* (1939), la obra maestra de John Steinbeck. Porque en estos reportajes, escritos durante el verano de 1936 para *The San Francisco News,* Steinbeck descubrió los rostros reales de los personajes que más tarde se convertirían en la familia Joad que protagoniza su novela: aquellos Ma Joad y Pa Joad y Tom Joad que tuvieron que malvender, igual que tantos otros granjeros arruinados del Medio Oeste en los tiempos de la Gran Depresión, sus escasas posesiones en Oklahoma y emigrar a California en busca de un trabajo a jornal en las grandes explotaciones agrícolas. Gracias a estos reportajes, Steinbeck conoció las chabolas en las que malvivían aquellos emigrantes, los márgenes de las carreteras en los que aparcaban sus coches desvencijados y levantaban un campamento provisional, los estanques malolientes en los que se aprovisionaban de agua y los jornales miserables que los encargados de las explotaciones les ofrecían, con la correspondiente advertencia

conminatoria de «lo tomas o lo dejas». Y lo que aún es más importante: en los archivos del campamento de Tom Collins, Steinbeck leyó los informes que recogían las historias de docenas de familias que habían tenido que emigrar a California. Muchas de estas historias pasaron a engrosar la trama de *Las uvas de la ira*.

Pero la importancia de *Los vagabundos de la cosecha* va mucho más allá del mero interés documental. Porque Steinbeck, gracias a estos reportajes, conoció a Tom Collins, uno de los pocos hombres que se preocupaban en California de mejorar las condiciones de vida de los emigrantes arruinados. De Tom Collins no sabemos casi nada y apenas es un personaje borroso de *Las uvas de la ira*, pero fue él quien le contagió a Steinbeck su admiración por la dignidad y el coraje que supieron tener muchos de los emigrantes desesperados que le inspiraron la novela.

Las uvas de la ira es un lamento colérico, o incluso un plañido de resonancias bíblicas, que se dirige contra el sistema social que había hecho posible las penalidades de aquellos emigrantes que lo habían perdido todo. Muchos americanos de aquella época —igual que ocurre ahora entre nosotros— se encogían de hombros ante las injusticias terribles que sufrían los emigrantes. Tom Collins hizo todo lo contrario, ya que él creía en una sociedad más justa, en la que hubiera una Seguridad Social, un subsidio de paro y una legislación social favorable a los derechos de los trabajadores. Y por eso organizó en California —con la ayuda del Programa Federal de Realojamiento del presidente Franklin D. Roosevelt— unos campamentos de acogida que tuvieran duchas y letrinas y cocinas, pero que también permitieran a los propios emigrantes participar en la toma de decisiones y en la distribución de las ayudas económicas. Para muchos americanos, Tom Collins era un iluso, o peor aún, un agitador, un comunista. Para John Steinbeck fue el hombre que se atrevió a iluminar con una linterna el sótano insalubre en el que se hacinaba un montón de gente desamparada en la que nadie había querido reparar.

«El escritor está obligado a celebrar la probada capacidad del ser humano para la grandeza de espíritu y la grandeza del corazón, para la dignidad en la derrota, para el coraje, para la compasión y para el amor», dijo Steinbeck en 1962, en su discurso de aceptación del premio Nobel de

Literatura. Seguro que Steinbeck estaba pensando en los granjeros desahuciados que había conocido cuando escribió estos reportajes. Y seguro que también estaba pensando en Tom Collins, el hombre que levantó el primer campamento de acogida para aquellas familias que llegaban en un coche polvoriento cargado de cacerolas, niños, colchones y maletas de cartón.

III

Entre 1931 y 1939, las tormentas de polvo barrieron los estados del Medio Oeste americano. Un periodista de Oklahoma definió la región azotada por las tormentas con la expresión «Dust Bowl» («cuenca del polvo»), y el término se hizo popular. En una foto que publicó un periódico de la época, se veía una casa a punto de ser engullida por una gigantesca bola rodante de polvo negro. Con las tormentas llegaron la sequía, los tornados y las ventiscas de polvo y nieve, que destruyeron el suelo cultivable de la región, ya muy castigado por la sobreexplotación agrícola. En mayo de 1934, una gran tormenta de polvo que duró dos días llegó hasta Chicago, donde descargó el equivalente a dos kilos de desperdicios sobre cada habitante de la ciudad. Al año siguiente, el domingo 14 de abril, una gran ventisca de polvo negro devastó el oeste de Texas, Oklahoma y Kansas. Nadie podía ver nada a más de un metro de distancia. Muchos granjeros creyeron que había llegado el fin del mundo. El cantante Woody Guthrie, que había nacido en una pequeña ciudad de Oklahoma y en aquellos años seguía viviendo en su estado natal, contó en su autobiografía que el ruido que hacía el viento entre los matojos sonaba como un camión subiendo una montaña en segunda marcha.

El *crash* económico de 1929 había provocado una caída generalizada de precios. En Oklahoma, Texas, Kansas y Nebraska los granjeros vivían gracias a una economía de subsistencia, que se derrumbó cuando las tormentas de polvo destruyeron las cosechas de trigo y maíz. Los granjeros más tozudos sembraron cardos comestibles, pero las tormentas de polvo también arrancaron los cardos. Muchos granjeros tuvieron que hipotecar sus

granjas y los bancos acabaron quedándose con sus tierras. Fue entonces cuando los granjeros malvendieron sus escasas posesiones, apilaron sus fogones y sus bolsas de ropa en sus Fords destartalados y pusieron rumbo a California. Allí estaba la Tierra de Promisión donde pensaban encontrar trabajo en las prósperas explotaciones agrícolas.

Entre 1935 y 1938, unos cuatrocientos mil granjeros del Medio Oeste —a los que todo el mundo llamaba *okies*— emigraron a California, convencidos de que era la Tierra de Leche y Miel de la que habían oído hablar en los sermones de las iglesias y en los folletos publicitarios de los bancos que se habían quedado con sus granjas. Woody Guthrie decidió seguir el mismo camino que sus paisanos. En 1937 se subió con su guitarra al techo de un tren de mercancías y viajó hacia el oeste en compañía de un grupo de vagabundos y jornaleros sin trabajo. Cuando llegó a California, encontró trabajo en un huerto de melocotones y empezó a componer sus *Dust Bowl Ballads* —grabadas en 1939—, inspirándose en las experiencias de los emigrantes que vivían como él. Una de estas canciones se llamaba, ni más ni menos, *Tom Joad*, todo un homenaje a Steinbeck. Otra era *Vigilante Man*, un ácido retrato de los matones de la patronal agrícola que hacían la vida imposible a los jornaleros. Y había otra canción, *Blowin' Down the Road*, que resumía en unos pocos versos el argumento de la novela de Steinbeck:

I'm a-goin' where the dust storms never blow,
I'm a-lookin' for a job at honest pay,
I'm a-goin' down this old dusty road,
An' I ain't a-gonna be treated this way.

(«Voy adonde no soplen las tormentas de polvo,
busco un trabajo y una paga decente,
me voy por esta carretera polvorienta,
y nunca más van a tratarme de este modo»).

Si John Steinbeck hubiese oído esta canción, *Los vagabundos de la cosecha* podría haberse llamado *Blowin' Down the Road*.

IV

En 1936, John Steinbeck acababa de publicar *En lucha incierta*, una novela que contaba una huelga de jornaleros en una explotación agrícola californiana. Un año antes, había publicado *Tortilla Flat*, en la que narraba con humor la vida de los *paisanos* de origen mexicano que vivían en los suburbios de Monterey y en el valle de Salinas, donde él había nacido. Cuando las oleadas de granjeros empobrecidos empezaron a llegar a California, George West, el redactor jefe de *The San Francisco News*, pensó que Steinbeck era el hombre adecuado para escribir una serie de reportajes sobre aquellas familias que lo habían perdido todo. Al oír la propuesta, Steinbeck aceptó encantado. El Programa Federal de Realojamiento puso a Steinbeck en contacto con Tom Collins, el director del único campamento de acogida que había en toda California: el campamento de Weedpatch, en Arvin (más tarde se levantaría otro campamento en Marysville). Steinbeck y Collins se subieron a la vieja furgoneta de reparto de una panadería —el único vehículo del que disponía la agencia— y empezaron a recorrer los valles agrícolas de California. Tres años más tarde, en 1939, cuando Steinbeck publicó *Las uvas de la ira*, dedicó su novela a su primera mujer, Carol, «que puso toda su voluntad en este libro», y a Tom, «que lo vivió».

En su novela, Steinbeck convirtió a Tom Collins en el personaje de Jim Rawley, el director del campamento de acogida de Wheatpatch (la similitud con el nombre del campamento real, Weedpatch, no deja lugar a dudas), adonde llegó la familia de los Joad huyendo de la sequía y de los acreedores. Rawley, en palabras de Steinbeck, era un «hombre que estaba tan cansado que ya no era capaz de conciliar el sueño, porque su cansancio era de esa clase que no te deja dormir aunque tengas tiempo libre y una cama». Esa clase de cansancio era muy común en los tiempos de la Gran Depresión.

En una foto vemos a Tom Collins como un hombre anguloso, pequeño, con orejas de soplillo y un escueto bigote militar, cuyo cuerpo parece hecho con hilo de alambre. Collins había sido maestro en Guam, director de una escuela para delincuentes juveniles y trabajador social para los afectados por la Gran Depresión. Era uno de esos hombres que parecen hechos para dedicar su vida a los demás (su vida privada, sospechamos, no debió de ser muy dichosa). Su gran preocupación era que los emigrantes lograran

recuperar su amor propio, destruido por las penalidades que habían vivido. Y las mejores páginas de Steinbeck en *Los vagabundos de la cosecha* son aquellas en las que describe la tenue frontera que separa a un hombre desesperado, pero todavía útil y dispuesto a trabajar, de un hombre destrozado por la adversidad que se convierte en un desecho y acepta indiferente su derrota. Y esa tenue frontera se halla en cosas tan sencillas como un grifo de agua, un jergón sobre un suelo seco, unas literas para sus hijos o la certeza de que uno puede participar en las discusiones sobre los turnos de trabajo o la música que se va a tocar en los bailes del campamento.

V

En *Las uvas de la ira*, John Steinbeck supo narrar la historia del éxodo a California de la familia Joad como si estuviera contando el episodio bíblico de la huida de Egipto. Y si uno lee en voz alta el primer párrafo de *Los vagabundos de la cosecha*, en seguida se da cuenta de que está oyendo el ritmo poderoso del lenguaje bíblico. Y es normal que sea así, porque las mejores páginas de la narrativa norteamericana están atravesadas por la tumultuosa corriente subterránea de la Biblia. Incluso el título de *Las uvas de la ira* tiene resonancias bíblicas, ya que está tomado del himno abolicionista que sirvió de marcha militar para las tropas de la Unión (aquel cuyo estribillo es «*Glory, glory, Halleluja!*»). Y eso explica que el guionista Nunnally Johnson, cuando fue contratado por el productor Darryl Zanuck para escribir el guión de la versión cinematográfica de la novela, que dirigiría John Ford en 1940, dijera que la novela de Steinbeck tenía una calidad «bíblica» (lo mismo, por cierto, puede decirse de la película de John Ford).

Ahora bien, Steinbeck no solo demuestra una capacidad magistral para dar una dimensión bíblica a sus pobres palurdos de Oklahoma, sino que también es un maestro en la reproducción del lenguaje de los *okies* y en la recreación de las condiciones miserables en las que vivían. En *Las uvas de la ira*, igual que ocurre en *Los vagabundos de la cosecha*, uno puede oler

los campos de emigrantes que viven en chabolas y beben agua sucia, de la misma manera que puede oír de fondo, en cualquiera de esos campos de algodón o de melones donde esperan encontrar trabajo, los himnos religiosos que cantaban esos emigrantes y que luego Woody Guthrie convertiría en un grito de rabia contra los matones y los empresarios que les pagaban veinticinco centavos a la hora.

VI

Si le preguntamos a un lector joven sobre John Steinbeck, lo más probable es que ese lector mencione —y siempre de forma muy vaga— un coche cargado de colchones en una carretera llena de polvo, o el sucio mono de faena y el rostro crispado de Henry Fonda en una película cuyo nombre no recuerda, o quizá los bigotes de Marlon Brando en *¡Viva Zapata!* Y muy poco más (y creo que soy demasiado optimista). Hoy por hoy, el prestigio literario de John Steinbeck se ha esfumado por completo. Ahora tendemos a asociar la literatura con los complejos arabescos posmodernos y con los experimentos metaliterarios. Nos gustan —o la gente simula que le gustan— las historias que se alimentan de la literatura en vez de eso que conocemos con la triste tautología de «la vida real». Y por eso tendemos a desdeñar las narraciones protagonizadas por peones rurales, por vagabundos, por granjeros que cultivan lechugas o por pescadores mexicanos que un buen día se encuentran una perla. Por alguna razón, imaginamos que todos esos seres son unos personajes toscos y brutales y muy poco interesantes. Pero John Steinbeck no tiene nada de tosco ni de brutal ni de poco interesante. Es un gran escritor, uno de los grandes narradores del siglo XX, solo que le gustaba escribir sobre las cosas que había visto de cerca y que conocía bien. Steinbeck supo resumirlo en una frase perfecta: «Boileau dijo que solo los reyes, los dioses y los héroes eran personajes adecuados para la literatura. Un escritor solo puede escribir sobre aquello que admira. Y los reyes de hoy en día no son interesantes, los dioses se han ido de vacaciones y los únicos héroes que nos quedan son los científicos y los pobres».

VII

John Steinbeck nació en 1902, en Salinas, California, donde su padre tenía un pequeño cargo administrativo y su madre había sido maestra (los antepasados de su madre le inspirarían, muchos años después, la trama de *Al este del Edén*, publicado en 1952). Su primer libro, escrito cuando era muy joven, fue una especie de biografía novelada del pirata Henry Morgan, pero Steinbeck se dio cuenta en seguida de que ese no era su camino. Fue entonces cuando decidió escribir sobre la vida de las explotaciones agrícolas de su comarca natal, en las que había trabajado como jornalero y vaquero mientras intentaba pagarse sus estudios —que nunca terminó— en la Universidad de Stanford. Durante una breve estancia en Nueva York, Steinbeck trabajó como operario en la construcción del Madison Square Garden y también intentó ganarse la vida como reportero, cosa que, sorprendentemente, no consiguió.

En 1935, su novela *Tortilla Flat* fue un éxito de ventas, y un año después, la historia de una huelga de jornaleros —*En lucha incierta*— hizo posible que le encargaran los reportajes que acabaron formando *Los vagabundos de la cosecha*. Solo con este libro, Steinbeck demostró que el reporterismo también puede ser gran literatura. Hoy en día lo sabemos, pero en su época ese hecho todavía no había sido reconocido por casi nadie. Por fortuna, el escritor siguió haciendo reportajes durante el resto de su vida. En 1940 pasó seis semanas en un barco sardinero, el Western Flyer, en el que su amigo Ed Ricketts investigaba la biología marina del golfo de California (de aquella expedición científica surgiría su libro *Por el mar de Cortés*). Cuando estalló la segunda guerra mundial, Steinbeck fue corresponsal de guerra y escribió un extenso reportaje sobre la tripulación de un bombardero. Más tarde escribió un diario de su viaje a la Unión Soviética en 1947, en el que fue acompañado por el fotógrafo Robert Capa. Y en los años sesenta, al final de su vida, todavía tuvo energías para cubrir la guerra de Vietnam. A diferencia de sus dos hijos, que combatieron en la guerra y se hicieron fervientes antibelicistas, Steinbeck la defendió —la llamó una

«empresa heroica»— y apoyó la política exterior de los presidentes Kennedy y Johnson. Todo esto le atrajo las iras de la izquierda que antes lo había considerado uno de los suyos. Sus mismos hijos, en una carta abierta, llegaron a acusarlo de haberse pasado al enemigo.

A Steinbeck no pareció importarle demasiado. Desde hacía tiempo, el país en el que vivía había dejado de ser el país que conocía tan bien como si fuera uno de los huertos de lechugas en los que había trabajado cuando era joven. Uno de sus últimos libros, y también uno de los mejores que escribió, es *Viajes con Charley*, la crónica del viaje que hizo por los Estados Unidos, en 1960, en una furgoneta, sin más compañía que su perro Charley y un equipo de acampada. En aquel viaje, Steinbeck descubrió que solo Montana le recordaba los paisajes que había visto cuando era joven. El resto de su país ya se había vuelto irreconocible para él (y lo mismo había pasado con su obra para los lectores jóvenes que tenían la edad de sus hijos).

Las últimas fotos que tenemos de Steinbeck muestran a un hombre que parece uno de esos actores maduros de Hollywood que ya no consiguen buenos papeles y tienen que participar en producciones de serie B, tal vez representando al rey Herodes o a un señor medieval tempestuoso y enloquecido por el miedo a perder el poder («El poder no corrompe, lo que corrompe es el temor, tal vez el temor a perder el poder», había escrito Steinbeck muchos años antes). En sus últimos años, el escritor estaba obsesionado por la decadencia moral de su país. Sus amigos de ideas izquierdistas se habían distanciado de él y solo conservaba la amistad de unos pocos actores y directores, sobre todo Henry Fonda, el protagonista de *Las uvas de la ira*. En 1968, Steinbeck murió de un ataque al corazón en su casa de Long Island, en Nueva York. En su funeral, Henry Fonda recitó para él el «Réquiem» de R. L. Stevenson.

Años después, en agosto de 1982, cuando murió Henry Fonda, un amigo leyó en su funeral el discurso final de Tom Joad en *Las uvas de la ira*.

Uno de los atractivos de las «novelas de las novelas» es que suelen incluir las fotografías de los personajes y los lugares que más tarde aparecen en la novela final, bien sea transformados por completo hasta el punto de resultar irreconocibles, o bien retratados de una forma tan vívida o cruel que los modelos reales se sienten agraviados y le ponen una querella por injurias al autor (algo así le ocurrió a Steinbeck con los propietarios agrícolas de California, que intentaron, sin éxito, prohibir la distribución de *Las uvas de la ira*).

Los vagabundos de la cosecha cuenta con las fotos de Dorothea Lange, una de las mejores fotógrafas norteamericanas de todos los tiempos. Al azar, veo un niño descalzo que juega a las canicas. Una chabola construida con embalajes de latas de sopa. Una niña que recoge en un cubo el agua pútrida con que se lavarán y cocinarán los temporeros del valle de Imperial. Un campamento de chabolas (que en los años treinta llamaban «hoovervilles») rodeando una fábrica cerca de Sacramento. Los limpios barracones de los campos de acogida que dirigía Tom Collins. Y veo también la sonrisa destrozada de una bella mujer que sostiene un bebé en brazos y tiene dos hijos más a su lado —una de las niñas va vestida con un mono de faena—, y que nos hace pensar en aquellas chicas de los años treinta que soñaban con ir a California para ser actrices de cine, solo que ella ya ha llegado a California, pero tiene que vivir en una mísera choza de arpillera, mientras su marido acepta jornales ridículos en un campo de cebollas.

Los Joad, lo sé, están al fondo de todas estas fotos, cantando, renegando, blasfemando, arañándose las manos en las plantas de algodón, riendo o durmiendo agotados sobre un colchón lleno de chinches.

IX

Dorothea Lange nació en 1895 en New Jersey. Su verdadero apellido era Nutzhorn, pero prefirió ponerse el nombre artístico, más sencillo, de Lange. A los siete años contrajo la poliomielitis, lo que la marcó para siempre. En 1919 se fue a vivir a San Francisco y empezó a trabajar en algunos estudios

de fotografía. Durante la Gran Depresión, entre 1935 y 1943, trabajó como fotógrafa en las agencias estatales de ayuda a los trabajadores en paro. Recorriendo los campos de emigrantes de California, tuvo que encontrarse a menudo con Steinbeck y Tom Collins. En una foto la vemos en el techo de un coche, segura de sí misma, con una carpeta en las manos y mirando sonriente a la cámara (los testimonios sobre su vida indican que esa seguridad era más ficticia que real). En 1941, Dorothea Lange ganó una beca Guggenheim a la excelencia en el trabajo fotográfico, pero al poco tiempo dejó de hacer fotos, abrumada por su mala salud y sus problemas personales. Murió en 1965, en San Francisco.

X

En marzo de 1936, cerca del campo de recogida de guisantes de Nipomo, Dorothea Lange tomó la foto más famosa de su carrera. En el arcén de la autopista 101 vio un coche averiado, dos llantas agujereadas y una madre al límite de sus fuerzas, sentada en el estribo con dos niños agotados que se apoyaban en sus hombros. Dorothea Lange se acercó a la mujer, habló un poco con ella y le tomó unas cuantas fotos. Una de esas fotos, que tituló «Madre emigrante», se convirtió en uno de los símbolos más famosos de los tiempos de la Depresión.

Al final de su vida, Dorothea Lange contó que nunca supo el nombre de aquella mujer. La madre extenuada que se había tenido que sentar en el estribo del coche solo le dijo que tenía treinta y dos años y que ella y su familia vivían de las verduras congeladas que les daban en los campos de cultivo y de los pájaros que mataban sus hijos. En sus notas sobre las circunstancias en que tomó aquella foto, Dorothea Lange apuntó: «Siete niños hambrientos. El padre es de California. Sin un centavo en un campo de recogida de guisantes porque la cosecha se ha echado a perder. Esta gente acaba de vender las llantas del coche para conseguir comida».

Esta es la historia que todo el mundo creyó, hasta que un periodista se tomó la molestia de investigar los hechos. Como suele ocurrir, Dorothea Lange se había dejado llevar por su imaginación. La historia real era mucho

más compleja, aunque no menos dramática. El periodista, Geoffrey Dunn, consiguió entrevistar a uno de los hijos de la mujer de la foto y pudo reconstruir su historia. La mujer se llamaba Florence Owens Thompson. Era una india cherokee, nacida en 1903 en lo que entonces era territorio indio y poco después sería el estado de Oklahoma. Había pasado su infancia en una pequeña granja cerca de Tahlequah. A los diecisiete años se casó con un tal Cleo Owens y tuvo seis hijos en menos de diez años. Su marido murió de tuberculosis en 1931. A partir de esa fecha, Florence vivió de un lado a otro con sus hijos, manteniendo relaciones esporádicas con otros hombres y viviendo siempre a la buena de Dios. De una relación con un hombre de negocios nació un nuevo hijo. Hacia 1934 se fue a vivir con un carnicero de Los Ángeles que se llamaba James Hill, con el que tuvo tres hijos más pero del que también acabaría separándose. En 1936, Florence, los niños y el carnicero Hill —que ya había perdido su trabajo— se subieron a un Hudson sedán y se fueron a buscar trabajo en las explotaciones agrícolas del norte. Cerca de Nipomo se rompió el radiador. El hombre y los niños mayores fueron a buscar ayuda para arreglar el coche. Cuando regresaron, Florence les dijo que una mujer le había estado haciendo fotos. Lejos de sentirse orgullosa, aquellas fotos la habían puesto de mal humor. Y el hijo de Florence añadió mucho después que su madre siempre se había sentido estafada por aquellas fotos. Además, no era cierto que hubieran tenido que vender las llantas del coche, por la sencilla razón de que solo tenían las llantas que llevaban puestas, con las que se fueron cuando consiguieron poner el coche en marcha.

Florence Owens se casó de nuevo con otro hombre después de la segunda guerra mundial. En 1983 se le detectó un cáncer. Uno de sus hijos, aprovechándose de la fama de la foto de Dorothea Lange, lanzó un llamamiento pidiendo ayuda económica para su madre. Un periódico logró reunir, en una de esas campañas caritativas que tanto gustan a los americanos, treinta y cinco mil dólares para Florence Owens (y su avispado hijo, suponemos). En una entrevista que le hicieron durante la campaña de recogida de dinero, Florence dijo que se sentía explotada por la foto de Lange y que preferiría que nunca se la hubieran hecho. Lo que más le

ofendía, añadió, era que la fotógrafa ni siquiera le hubiera preguntado su nombre.

Florence murió en septiembre de 1983, a los ochenta años, y está enterrada en Empire, California, bajo una lápida que dice: «Madre emigrante. La leyenda de la fortaleza de la mujer americana». Su caso ilustra muy bien aquello que decía el periodista de *El hombre que mató a Liberty Valance*: «Si tienes que elegir entre la historia real y la leyenda, publica siempre la leyenda».

XI

Un día de 1965, John Steinbeck volvió a ver la película que John Ford rodó con *Las uvas de la ira* y corrió a anotar en su cuaderno: «Cargué esa cosa en mi proyector doméstico y me senté a ver cómo había envejecido. Luego un pedazo de electricidad con una cara flaca y oscura apareció caminando en la pantalla y se apoderó de mí. Otra vez volví a creer en la historia que había escrito».

Eso mismo puede decirse de estos reportajes escritos por John Steinbeck hace setenta años en la vieja furgoneta de Tom Collins. Al leerlos, una cara flaca y oscura se apodera de nosotros. El fantasma de Tom Joad no ha abandonado esta tierra.

EDUARDO JORDÁ

Los vagabundos de la cosecha



Mapa de California

1

En esta época del año, cuando llega el tiempo de la cosecha a los inmensos campos de California —las uvas hinchadas, las ciruelas, las manzanas, las lechugas y ese algodón que tan rápido madura—, nuestras carreteras se convierten en un hervidero de temporeros itinerantes, esa masa informe de braceros nómadas golpeados por la pobreza a los que el hambre y el miedo al hambre empujan de campo en campo, de cosecha en cosecha, de un extremo a otro de California, hasta Oregón y algunas regiones del estado de Washington. Pero es California el estado que recibe y necesita a más de estos nuevos vagabundos. El propósito de esta serie de artículos es el de presentar un breve estudio de estos vagabundos. Por el estado vagan al menos ciento cincuenta mil emigrantes sin hogar, un ejército lo suficientemente numeroso como para que todos los habitantes de California se interesen por él.

Al viajero ocasional que circule por nuestras carreteras, los movimientos de estos nómadas le parecerán un misterio —si es que llega a reparar en ellos—; de golpe, se dará cuenta de que los caminos están infestados de carracas desvencijadas cargadas de niños, sábanas sucias y peroles ennegrecidos por el fuego. En las vías del tren, las bateas y los vagones de carga van colmados de hombres que, en un abrir y cerrar de ojos, se han esfumado de las carreteras principales. En los caminos secundarios y en las márgenes de los ríos, lugares menos transitados, se levantan los poblados sucios y destartalados de los braceros, y los campos están llenos de hombres recogiendo, segando y poniendo a secar la cosecha.

La singular naturaleza de la agricultura de California depende de estos temporeros y de sus continuos desplazamientos. Los trabajadores del lugar no dan abasto para recoger el melocotón y la uva, el lúpulo y el algodón. En una huerta de melocotoneros grande que durante el año solo emplee a veinte hombres, por ejemplo, harán falta otros dos mil para recoger y empaquetar la fruta. Y si estos dos mil temporeros no llegan, si la campaña

se retrasa tan siquiera una semana, la cosecha se pudrirá y se echará a perder.

Así, en California nos encontramos con una curiosa actitud hacia un colectivo que garantiza el éxito de nuestra agricultura. A los emigrantes los necesitamos y los odiamos. En cuanto llegan a un distrito, se topan con esa antipatía atávica del lugareño hacia el extraño, el forastero, con un odio que se repite desde los comienzos de la historia, desde la aldea más primitiva a nuestras granjas industriales. A los emigrantes se los odia por los siguientes motivos: porque son sucios e ignorantes, porque traen enfermedades, porque su presencia en una población obliga a un incremento de los efectivos policiales y del gasto escolar, y porque, si se constituyen en sindicatos, pueden llegar a negarse a trabajar y arruinar cosechas enteras. Nunca logran ser admitidos en la comunidad ni en la vida de la comunidad. Son auténticos vagabundos a los que se les niega el derecho a integrarse en las poblaciones que necesitan de sus servicios.

Veamos quiénes son, de dónde vienen y por dónde vagan. Años atrás eran braceros de diversas razas a quienes se animó a venir, a menudo importados como mano de obra barata; los primeros fueron los chinos, luego llegaron los filipinos, los japoneses y los mexicanos. Eran extranjeros y, como tales, se les condenó al ostracismo y la segregación. Se les trataba como a ganado.

Cuando intentaban organizarse, los deportaban o los arrestaban y, sin defensores a los que recurrir, nunca conseguían llamar la atención sobre sus problemas. Pero no hace muchos años estos temporeros extranjeros empezaron a asociarse; aquello hizo saltar todas las alarmas y desembocó en su deportación masiva, pues ya había aparecido un nuevo contingente del que obtener mano de obra barata.

La sequía del Medio Oeste ha empujado a la población rural de Oklahoma, Nebraska y partes de Kansas y Texas hacia el oeste. Sus tierras están agotadas y ya no pueden regresar a ellas. Miles de agricultores cruzan estados enteros en viejos automóviles renqueantes. Viven en la miseria, tienen hambre y se han quedado sin hogar, dispuestos a aceptar cualquier jornal para poder comer y dar de comer a sus hijos. Y esto es algo nuevo,

pues los peones extranjeros llegaban aquí sin sus hijos, después de haber dejado atrás todo rastro de su antigua vida.

Estos nuevos vagabundos suelen llegar a California después de haber agotado todos sus recursos para viajar hasta aquí; incluso tienen que vender por el camino viejas mantas, herramientas y utensilios de cocina para pagar la gasolina. Llegan confundidos y derrotados, a menudo casi muertos de hambre, con una única necesidad que cubrir: encontrar trabajo, por el salario que sea, para poder dar de comer a su familia.

Y en California solo existe un campo que los pueda acoger. Sin derecho a recibir ayudas públicas, se convierten en jornaleros itinerantes.

Como los antiguos braceros mexicanos y filipinos están siendo deportados y repatriados muy rápidamente y, por otra parte, el flujo de refugiados de la *Dust Bowl*[1] no para de crecer, será de estos nuevos emigrantes de los que nos ocupemos.

Los inmigrantes ya eran braceros en sus países de origen, pero este no es el caso de los nuevos desplazados. Estos son pequeños agricultores que han perdido sus granjas o trabajadores del campo que vivían con su familia al viejo estilo americano. Son hombres que trabajaban duro en sus granjas y estaban orgullosos de ser dueños de la tierra y de vivir de ella. Son americanos hábiles e ingeniosos que han vivido el infierno de la sequía y que han visto cómo sus tierras se marchitaban y morían, cómo el viento se las llevaba, y este, para un hombre que ha sido el dueño de sus tierras, es un dolor extraño y terrible.

Ahora se han puesto en marcha para atravesar el país. A menudo han visto cómo sus hijos se les morían por el camino. Cuando el coche se les ha averiado, lo han reparado con el ingenio propio del campesino. Muchas veces han tenido que ir poniendo parches a los neumáticos gastados cada pocas millas. Lo han soportado todo y todavía pueden soportar mucho más, porque son gente de sangre fuerte.

Son los descendientes de los hombres que atravesaron el Medio Oeste y que pelearon para ganarse sus tierras, que cultivaron las praderas y allí se quedaron hasta que esas praderas volvieron a convertirse en un desierto. Su herencia y su experiencia no son las del nómada. Las circunstancias los han convertido en vagabundos a la fuerza.

Mientras se desplazan de cosecha en cosecha, una única necesidad, un solo imperativo ocupa su mente: volver a comprar una pequeña parcela, instalarse allí y poner fin a su vagabundeo. Basta con ir a los poblados de chabolas donde las familias viven en el suelo, sin casa, ni cama, ni enseres de ningún tipo; basta con mirar esos rostros fuertes y resueltos, algunas veces llenos de dolor, las más —cuando ven que sus tierras, ahora propiedad de una empresa, están sin labrar— llenos de rabia, para comprender que esta nueva raza ya no se moverá de aquí, que se le debe prestar atención.

Tiene que quedar claro que con esta nueva raza los antiguos métodos —los jornales de miseria, la cárcel, las palizas y la intimidación— no darán resultado: son americanos. Tenemos que ser comprensivos y tratar de solucionar el problema tanto para su beneficio como para el nuestro.

Cuesta creer las palabras de un gran empresario agrícola convencido de que, para que la agricultura de California resulte rentable, debemos crear y mantener a un contingente de peones. Si está en lo cierto, California deberá renunciar al simulacro de gobierno democrático que todavía sobrevive en este estado.

Los nombres de estos nuevos emigrantes delatan su origen inglés, alemán o escandinavo. Están los Munn, los Holbrook, los Hansen, los Schmidt. Y todos comparten una característica extrañamente anacrónica: aunque han crecido en las praderas en las que la industrialización nunca llegó a penetrar, han saltado sin transición de las antiguas granjas agrícolas autosuficientes, en las que todo lo cultivaban o se lo fabricaban ellos, a una agricultura tan industrializada que el hombre que siembra una cosecha pocas veces puede ver, y aún menos recoger, los frutos de su trabajo, donde el temporero no mantiene contacto alguno con el ciclo de crecimiento.

Y todavía existe otra diferencia entre su antigua vida y la nueva. Vienen de pequeños distritos rurales en los que la democracia no solo era posible sino que resultaba imprescindible, en los que el gobierno popular —ejercido tanto en el local del Grange[2] como en la parroquia o en el ayuntamiento— era responsabilidad de todos y cada uno de los hombres. Y han llegado a un lugar donde, al tener que viajar continuamente para ganarse la vida, no pueden votar, donde se les considera una clase sin derecho alguno.

Examinemos los campos que dependen del fruto de su trabajo y los distritos a los que tienen que desplazarse. Como dijo un chiquillo de un poblado de chabolas, «cuando nos necesitan nos llaman emigrantes, y cuando ya les hemos recogido la cosecha, somos vagabundos y tenemos que largarnos».

Están los huertos del valle de Imperial —lechuga, coliflor, tomate y col—, listos para la recolección y el empaquetado, para que los rieguen y les pasen el azadón. Se tienen que recoger varias cosechas al año, pero como no están convenientemente distribuidas en el tiempo, a los emigrantes no se les puede dar trabajo fijo.

Los naranjos dan dos cosechas al año, pero la temporada de recolección es corta. Más al norte, en el condado de Kern y en el valle de San Joaquín se necesitan temporeros para la uva, el algodón, la pera, el melón, la judía y el melocotón.

Hacia el límite del valle, cerca de Salinas, Watsonville y Santa Clara, hay cultivos de lechuga, coliflor, alcachofa, manzana, ciruela y albaricoque. Al norte de San Francisco crecen las viñas, los frutales y el lúpulo. En el valle de Sacramento hace falta un ejército de braceros para recoger los espárragos, las nueces, los melocotones, las ciruelas… En estos inmensos valles, con sus cultivos intensivos, la demanda de mano de obra es estacional.

Poco antes de que empiece la cosecha, las carreteras hierven: familias enteras en sus furgonetas corriendo para llegar a tiempo a los campos que están a punto para la recolección, corriendo para ser los primeros en ponerse a trabajar. Y es que, para mantener los salarios bajos, las asociaciones de agricultores del estado suelen reclutar al doble de mano de obra de la que necesitan.

De ahí las prisas, porque si el bracero se retrasa un poco y ya se ha repartido el trabajo, habrá viajado en vano. Y aun llegando a tiempo pueden ocurrir varias cosas: puede que la cosecha se haya retrasado, o que suceda lo que en Nipomo el año pasado, cuando mil doscientos temporeros llegaron para recoger guisantes y se encontraron con que las lluvias habían echado a perder la cosecha. Como los emigrantes habían gastado todo lo que tenían para llegar a los campos, no se pudieron marchar. Se quedaron

allí pasando hambre hasta que el Gobierno acudió en su ayuda. Demasiado tarde.

Así viajan, frenéticos, con el hambre pisándoles los talones. En esta serie de artículos intentaremos descubrir cómo viven y quiénes son, cuál es su nivel de vida, qué trato reciben y cuáles son sus problemas y sus necesidades. Los agricultores de California, que han sabido utilizar muy bien a los trabajadores emigrantes, están creando lentamente una estructura humana que, sin duda, transformará este estado y que, si se maneja con la crueldad y la estupidez que han caracterizado el pasado, podría acabar con nuestro actual modelo económico agrícola.

2

Los poblados de chabolas se extienden por toda California. Examinemos un poblado tipo. Está situado en la orilla de un río, cerca de un canal de riego o al lado de una carretera secundaria, donde quede a mano una fuente de agua. De lejos parece el vertedero de una ciudad, y bien podría serlo, pues de ahí es de donde vienen los materiales con los que están hechas las chozas. Se ve un montón de andrajos y chatarra, casas hechas de matojos, de bidones aplanados o de cartón. Se tienen que mirar de cerca para descubrir que son hogares.

Esta es la casa que se ha construido una familia empeñada en mantener cierta pulcritud. La casa, de tres por tres metros de planta, está toda hecha de cartón corrugado. Tiene una cubierta inclinada y las paredes clavadas a un armazón de madera. La barren para que el suelo de tierra esté limpio. La mujer va al canal de riego o al río turbio a lavar la ropa; sin jabón, intenta librarla del barro en el agua embarrada. Todavía no han perdido el ánimo: los tres niños van vestidos y la familia tiene tres colchas viejas y un colchón empapado y lleno de bultos. Pero el dinero que tanta falta les hace para comer no se lo pueden gastar en jabón ni en ropa.

Con las primeras lluvias la casa que con tanto esmero han construido se convertirá en un amasijo marrón y pastoso; en unos meses, los niños no irán cubiertos más que con ropas deshilachadas y, cuando lleguen los primeros fríos, la falta de alimentos nutritivos les condenará a todos a la neumonía.

Cinco años atrás tenían cincuenta acres de tierra y mil dólares en el banco. La mujer asistía a las reuniones del grupo de costura y el hombre era miembro del Grange. Criaban pollos, cerdos y palomas y cultivaban frutas y verduras para su consumo. En sus tierras crecía alto el maíz del Medio Oeste. Ahora no tienen nada.

Si el marido llega a tiempo a todas las cosechas y no deja de trabajar, quizá llegue a ganar unos cuatrocientos dólares este año. Pero si pasa algo,

si se le estropea el viejo coche, si se retrasa y pierde una o dos cosechas, no tendrá más que ciento cincuenta dólares para alimentar a toda la familia.

Pero a esta familia todavía le queda orgullo. Allí donde se instalan, intentan llevar a los niños al colegio, aunque puede que no se queden más de un mes en ese colegio antes de marcharse a otro lugar.

En el rostro del marido y en el de su mujer empieza a percibirse una expresión que se aprecia en todos los rostros. No se trata de preocupación: es el terror absoluto al hambre que acecha en los márgenes del poblado y que intenta colarse dentro. Este hombre ha intentado construirse un retrete cavando un agujero en el suelo cerca de su casa de cartón y cercándolo con un pedazo viejo de arpillera. Pero estas cosas solo las hará este año. Es un recién llegado y todavía no le han arrebatado la dignidad ni el amor propio. El año que viene será como el vecino de al lado.

Esta otra familia la componen seis personas: el hombre, la mujer y cuatro hijos. Viven en una tienda del mismo color que el suelo. La tela ha empezado a pudrirse; la puerta y las paredes, que cuelgan hechas jirones, se sostienen unidas con trocitos de alambre. La familia solo tiene una cama, un colchón grande y muy delgado echado sobre el suelo de la tienda.

No tienen más que una colcha y una lona por toda ropa de cama. Para dormir se las apañan de un modo muy ingenioso: el padre y la madre se tumban juntos, con dos niños entre ellos, y con la cabeza en el otro extremo del colchón duermen los otros dos niños, los más pequeños. Si el padre y la madre duermen con las piernas bien abiertas, queda espacio para las piernas de los niños.

Aquí hay más suciedad. La tienda está llena de moscas que se pegan a la caja de manzanas que sirve de mesa de comedor y vuelan alrededor de las ropas hediondas de los niños, sobre todo alrededor de las del bebé, al que hace días que nadie baña. Esta familia lleva dando tumbos de aquí para allá más tiempo que la del constructor de la casa de cartón. Aquí no hay retrete, solo un corrillo de sauces entre los que los excrementos humanos quedan expuestos a las moscas, las mismas moscas que revolotean por la tienda.

Dos semanas atrás allí vivía otro niño, un chiquillo de cuatro años. Hacía varias semanas que se le veía apático y con los ojos afiebrados. Le dejaron el mejor sitio en la cama, entre su padre y su madre, pero una noche

tuvo convulsiones y se murió. A la mañana siguiente se lo llevaron en la camioneta del forense. Ya están un peldaño más abajo.

Saben muy bien que fue la dieta de fruta fresca, alubias y poco más lo que provocó su muerte. Pasó meses sin probar la leche. La muerte del niño trajo consigo un cambio de actitud de la familia. El padre y la madre sienten ahora el embotamiento paralizante con el que la mente suele protegerse cuando el dolor y la pena son demasiado fuertes.

Y este padre no podrá volver a ganar cuatrocientos dólares al año porque ya no puede mantenerse alerta: ya no es rápido trabajando a destajo ni es capaz de vencer la apatía que le invade. Su descenso es imparable.

En las caras de todos los miembros de esta familia se refleja el hastío, y a todos les invade un malhumor que los ha vuelto taciturnos. Alguna vez que otra intentan llevar a los niños mayores al colegio, pero estas pobres criaturas desarrapadas no quieren ir; como en el colegio se burlan de ellos, se esconden en los canales o rondan por ahí solos hasta que llega la hora de volver a la tienda.

Los niños bien vestidos les gritan y los hostigan, los maestros suelen mostrarse impacientes con esta repentina carga para sus obligaciones y los padres de los «niños bien» no quieren en el colegio a niños que puedan traer enfermedades.

El padre de familia tenía un pequeño colmado y vivía en la trastienda con su familia para que incluso los niños pudieran atender detrás del mostrador. Cuando llegó la sequía, a la tienda se le acabó el negocio.

Son la clase media de los poblados de chabolas. Ya no les queda dignidad, y los ánimos que antes tenían y que terminarán por perder no son más que una rabia sombría.

Para construirse la casa, sus vecinos —un hombre, una mujer y tres niños de tres a nueve años— han arrastrado al suelo ramas de sauce contra las que han dispuesto un zarzo de hierbajos, hojalata, papeles viejos y tiras de moqueta entretejidos. Encima han colocado otras ramas más para resguardarse del sol de mediodía. Esta techumbre no los protege del agua. No tienen cama. Han encontrado por ahí un trozo grande de moqueta. Está en el suelo. Cuando se van a dormir, se tumban en el suelo sobre la moqueta y la doblan para que les cubra.

El niño de tres años lleva por todo vestido un saco de arpillera atado a la cintura. Tiene la barriga hinchada, señal inequívoca de malnutrición.

Se sienta al sol delante de la casa, en el suelo, mientras mosquitas de la fruta negras revolotean zumbando, se le posan en los ojos cerrados y se le suben a la nariz hasta que las aparta con gesto cansado.

Las moscas quieren llegarle a la mucosa de las comisuras de los ojos. Las reacciones de este niño parecen las de un bebé mucho más pequeño. Durante su primer año de vida lo alimentaron con un poco de leche, pero desde entonces no ha vuelto a probarla.

Se morirá en muy poco tiempo, aunque puede que los otros niños, los mayores, sobrevivan. Hace cuatro noches la madre dio a luz a un bebé en la tienda, sobre la moqueta sucia. Nació muerto. Y tanto mejor, porque no podría haberlo amamantado: con lo que come no da leche.

Después de dar a luz y de ver que el bebé estaba muerto, la madre se dio la vuelta y pasó dos días echada sin moverse. Hoy ya se ha levantado y se tambalea por la tienda. El último bebé, nacido hace menos de un año, vivió una semana. Los ojos de esta mujer tienen un aire vidrioso y ausente, como de sonámbulo. Ya no lava la ropa. Le han arrebatado el instinto de la limpieza, ya no tiene fuerzas. Su marido era aparcero, pero no consiguió salir adelante. Ahora ha perdido hasta las ganas de hablar. No te mirará a la cara, porque para eso hacen falta ganas, y para tener ganas hace falta tener fuerzas. Y por eso también es un mal temporero. Decidirse le lleva tiempo: siempre se pone en marcha tarde y llega tarde a los campos. Cuando encuentra trabajo —lo que no sucede a menudo—, no consigue ganar más que un dólar al día.

Los niños ya no van al corrillo de sauces. Se ponen de cuclillas allí donde estén y luego levantan un poco de tierra con los pies. El padre es consciente, aun vagamente, de que el barro de la orilla del río está infestado de larvas de anquilostoma. Sabe que sus hijos van descalzos y que las larvas los atacarán. Pero no tiene ganas ni fuerzas para evitarlo. Le han pasado demasiadas cosas. Esta familia ocupa el último escalón del poblado.

En esto se convertirá el hombre de la tienda de al lado en seis meses; en esto se convertirá el hombre de la casa de cartón, con su tejado inclinado, en un año, cuando el agua haya echado la casa a perder y sus hijos hayan

enfermado o hayan muerto, cuando sin ánimos ni dignidad se vea reducido a algo parecido a la infrahumanidad.

Los desconocidos bienintencionados no son bien recibidos en el poblado. El *sheriff* del lugar hace una batida de vez en cuando en busca de algún forajido y, a veces, si los temporeros causan problemas, los *vigilantes*[3] les incendian las chabolas. Los trabajadores sociales y los inspectores del Gobierno hacen el seguimiento de algunos casos para estudiarlos. Luego los archivan y quedan a disposición del público. A estas familias las bombardean a preguntas: de dónde vienen, cuántos hijos tienen, vivos y muertos. La información se recoge y se archiva. Eso es todo. Se trata de un procedimiento muy frecuente con escasísimos resultados.

Les queda otra forma de que se ocupen de ellos. Si se declara una epidemia —pongamos que se trata del tifus o de la escarlatina—, el médico del pueblo se desplazará hasta el poblado de chabolas para llevarse a los enfermos a toda prisa al hospital de infecciosos. Pero la malnutrición no es contagiosa, y la disentería, de la que pocos niños se libran, tampoco.

En el hospital del condado no hay sitio para los enfermos de sarampión, paperas o tos ferina, pero estas enfermedades resultan a menudo letales para unos niños debilitados por el hambre. Y por mucho que se hable de las clínicas gratuitas, como estas gentes no saben cómo solicitar ayuda, no la reciben. Además, como el trato con la autoridad suele resultarles desagradable, prefieren no correr riesgos.

Este es un poblado de chabolas. Algunos están mejor; otros, mucho peor. He descrito a tres familias tipo. En algunos poblados llega a haber hasta trescientas familias como estas. A algunas familias el agua les queda tan lejos que tienen que comprarla a cinco centavos el cubo.

Y si estos hombres roban, si se despierta en ellos el odio y la desconfianza hacia la gente bien vestida y con la vida resuelta, no debemos buscar la causa de sus acciones en su origen ni en tendencia alguna a la debilidad de carácter.

3

Cuando durante la cosecha el pequeño agricultor necesita contratar a trabajadores emigrantes, suele recurrir a los poblados de chabolas. Con «pequeño agricultor» me refiero al propietario de cinco a cien acres que explota y controla su propia granja.

Las fincas de estas dimensiones son las que con mayor frecuencia recurren a los temporeros de los poblados de chabolas. Algunas de estas fincas más pequeñas, las menos, reservan parcelas para que los temporeros monten sus tiendas, les proporcionan agua y, de vez en cuando, una letrina. Raras veces cuentan con baños. Un pequeño agricultor no se puede permitir la inversión necesaria para mantener la salubridad en el poblado.

Además, los pequeños agricultores se muestran reticentes a que los emigrantes acampen en sus tierras y no les gusta la basura que dejan los temporeros cuando se marchan. En general, las relaciones entre los temporeros y los pequeños agricultores son amistosas y cordiales.

En el transcurso de diversas huelgas que se han declarado en el estado de California, los pequeños agricultores se han aliado con los temporeros contra los poderosos grupos empresariales agrícolas. Los trabajadores se dan cuenta de que los problemas de los pequeños agricultores no están tan alejados de los suyos. Tenemos un ejemplo: hace dos años, en el valle de San Joaquín, un pequeño agricultor se puso del lado de los temporeros durante la huelga del algodón.

Entonces la gran empresa, vinculada a las compañías del sector eléctrico, decidió obligar al granjero a que abandonara su postura cortándole la electricidad necesaria para el riego. Pero los huelguistas rodearon el poste eléctrico, lo protegieron e impidieron que cortaran la corriente. Incidentes de este tipo son muy frecuentes.

El pequeño agricultor, veíamos, recluta a sus temporeros en los poblados de chabolas y en los campamentos federales y estatales,

campamentos que examinaremos más adelante. Las fincas grandes, por su parte, suelen contar con campamentos para los braceros.

La gestión de las grandes explotaciones agrícolas de California es muy rigurosa, y su política laboral, muy centralizada: tan rigurosa y centralizada como la de las fábricas, las navieras, los bancos y las compañías de servicios públicos. Es más, grupos como Associated Farmers, Inc.[4] cuentan entre sus afiliados y entre los miembros de su junta directiva a banqueros, dueños de periódicos y políticos, y gracias a sus vínculos con la Cámara de Comercio del estado de California, mantienen contactos con asociaciones de armadores, de compañías de servicios públicos y de transportistas.

Los miembros de estas asociaciones de agricultores pertenecen a diversos sectores: grandes terratenientes absentistas, bancos que han adquirido tierras embargadas —como las extensísimas propiedades del Bank of America en el valle de San Joaquín— y granjas propiedad de accionistas cuya gestión depende de las decisiones de una junta directiva y cuya política empresarial la dicta el accionariado. A los gerentes de estas grandes fincas les imponen desde arriba la política laboral. Pero el poder de estas organizaciones va mucho más allá de la gestión de las tierras.

Para sembrar y cuidar sus cosechas el pequeño agricultor casi siempre tiene que recurrir a los préstamos de los bancos y los grupos financieros. Tanto los unos como los otros pertenecen a la poderosa asociación de agricultores y son, a la vez, la fuente de los préstamos; así, no resulta difícil darse cuenta del enorme impacto de sus políticas sobre el pequeño agricultor. Negarse a obedecerles es una invitación a que les embarguen las tierras o a que les denieguen los préstamos necesarios para la cosecha.

Estos poderosísimos grupos no representan necesariamente el sentir general hacia los temporeros, pero como cuentan con presencia en periódicos y radios, no solo aparecen como los únicos representantes del conjunto de agricultores de California, sino que también pueden imponer sus políticas sobre un gran número de pequeños granjeros.

Las fincas dirigidas por estos grupos de agricultores suelen contar con casas para los temporeros, casas por las que cobran un alquiler que puede ir de los tres a los quince dólares mensuales. En la mayoría de fincas, el

temporero no puede negarse a pagar este alquiler. Si quiere trabajar, tiene que vivir en la casa y el alquiler se le deduce de su primer salario.

Fijémonos en una de estas casas, no una de quince dólares mensuales, que solo se pueden permitir los capataces, sino una de las que se les imponen a los jornaleros, de tres a cinco dólares de alquiler.

Las casas, cobertizos de una habitación y no más de tres por tres metros y medio, no tienen alfombra, ni agua corriente, ni cama. En un rincón hay una cocinita de leña. El agua tiene que cargarse desde un grifo que queda al final de la calle. Allí también suele haber un foso negro o un retrete con un tanque séptico que utilizan entre cien y ciento cincuenta personas. Un rancho tipo del condado de Kern tenía unos baños con tan solo una ducha de agua fría para una hilera entera de casas en la que se concentraban unas cuatrocientas personas.

La llegada de un emigrante a uno de estos ranchos suele discurrir así: se le asigna una casa para su familia; puede que tenga de tres a seis hijos, pero todos tienen que vivir en una sola habitación. Y se encuentra con que el rancho está patrullado por empleados a quienes se les ha asignado funciones de vigilancia.

Los deseos del propietario del rancho son la ley; la patrulla está siempre alerta, sus pistolas, bien a la vista. Cualquier discusión constituye un acto de resistencia a la autoridad. Basta con echar un vistazo a la lista de los braceros que han recibido disparos por «resistencia a la autoridad» en California en un solo año para formarse una idea de la arbitrariedad de la «autoridad» a la hora de disparar a los trabajadores.

Es muy probable que el recién llegado esté sin fondos. Para llegar ahí ha tenido que gastar todo su dinero. Pero en muchos ranchos grandes encontrará una tienda en manos de la dirección donde podrá comprar a crédito.

El trabajo del segundo día se le va en cubrir los gastos del primero, y así siempre. Siempre está endeudado. Tiene que trabajar. La única de sus posesiones que valga la pena embargar es su coche. Y aunque los solteros pueden desplazarse de una cosecha a la otra en tren o haciendo autostop, si quien pierde el coche es un jornalero con familia, se morirá de hambre. Así que, ante esta amenaza, no le queda más remedio que continuar trabajando.

En el campo, el bracero está siempre bajo la supervisión del capataz y, a menudo, de un jefe de cuadrilla. Mientras trabaja, este jefe suele ir un árbol por delante. Y si el bracero no logra seguirle el ritmo, lo despiden. No es raro que la fila de árboles del jefe de cuadrilla se tenga que volver a repasar una segunda vez.

En estas grandes fincas nadie se ocupa del descanso de los trabajadores ni de su diversión. Es más, cualquier intento de reunión se ve frustrado por las patrullas, pues se teme que si los jornaleros se reúnen, terminarán organizándose, y eso es lo único que los grandes agricultores no pueden permitir bajo ningún concepto.

Esta es la actitud de los patrones de los grandes ranchos: odio y desconfianza; sus métodos: la amenaza de las pistolas de los patrulleros. A los jornaleros los tratan como a animales. No hay método al que los patrones no recurran para que se sientan inferiores e inseguros. Al menor indicio de que los hombres se están organizando, los echan del rancho a punta de pistola. Los grandes agricultores saben que si los braceros llegan a constituir un sindicato, no les quedará más remedio que hacer frente a más gastos para instalar retretes y duchas, mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y subirles el salario.

La actitud de los jornaleros de los grandes ranchos es muy parecida a la de sus patrones: odio y desconfianza. El jornalero se siente rodeado a la fuerza. Sabe que lo pueden matar sin que el patrón tenga nada que temer y lo tiene muy difícil para recurrir a la ley. Se ha refugiado en un silencio hosco y tenso. No puede rechazar el crédito que le permite alimentar a su familia, pero sabe muy bien por qué se lo conceden.

Algunas grandes fincas de California disponen de «casas modelo» para los trabajadores, construcciones cuidadosamente pintadas con algunos servicios. En estos ranchos suelen cobrar un alquiler de cinco dólares al mes por una casa de una sola habitación, pero los salarios que se pagan son un tercio más bajos que la media.

La política laboral de las fincas de los terratenientes absentistas ha tenido los resultados que cabía esperar: su entrada suele estar custodiada por guardias, sus carreteras están patrulladas y nunca conceden permiso para inspeccionar sus terrenos.

Se diría que, después de haber instaurado las políticas represivas que permiten su supervivencia, a los gerentes de las grandes fincas les aterrorizara su creación; y este terror ha desembocado en una escalada de los métodos represivos, en un incremento del número de guardias y en la sensación de que el rancho está armado y listo para el combate.

Aquí, al igual que en los poblados de chabolas, se ataca a los hombres en su dignidad. No se confía en ellos. Están rodeados, como si alguien sospechara que, en cualquier momento, puede estallar una revuelta. Pero cuesta imaginar un método más infalible que este para empujarlos a la rebelión. Estos métodos represivos acaban, inevitablemente, en tumultos espontáneos que deben sofocarse recurriendo a la fuerza y a una intimidación todavía más intensa.

La ley no sirve a los propósitos de las grandes asociaciones de agricultores, convertidas ya en grupos tan poderosos que, en los tribunales que controlan, no tienen que hacer frente a cargos por agresión grave, secuestro, empleo de correctivos físicos o incitación a la alteración del orden público.

La actitud de las grandes asociaciones de agricultores queda reflejada a la perfección en las palabras de Hugh T. Osburne, miembro de la Junta Supervisora[5] del condado de Imperial y de la delegación de Associated Farmers en el valle de Imperial, quien afirmó ante la comisión de la Asamblea Legislativa de California[6]: «En el valle de Imperial no nos hacen ninguna falta estas leyes sindicales. Los que sí que las necesitan son los otros condados, que no saben manejar estos asuntos. Aquí no nos hacen falta, porque hemos desarrollado nuestro propio sistema para arreglar estas cosas. No aceptaremos más juicios de este tipo. Tenemos una manera mejor de arreglarlas. Los juicios son demasiado caros».

«La manera mejor», según los grandes agricultores del valle de Imperial, incluye prácticas de matonismo que no se darían ni en las naciones fascistas. Las torpes políticas de los grandes agricultores y de los terratenientes absentistas de California no han provocado más que descontento, tensión y odio. Insistir en la aplicación de estas políticas constituye una auténtica amenaza criminal a la paz del estado.

4

El Gobierno federal, consciente de que la situación de los temporeros itinerantes de California constituye un problema inmediato y acuciante, ha creado dos campamentos para estos trabajadores y contempla la construcción de ocho más a corto plazo. El estudio de la evolución de los campamentos de Arvin y de Marysville tiene un enorme interés económico y social.

Estos campamentos se levantan en terrenos arrendados; los próximos campamentos se construirán en tierras adquiridas por el Gobierno, que es el que proporciona el terreno para las tiendas. Las instalaciones permanentes son sencillas e incluyen baños, retretes y duchas, un edificio para la administración del campamento y un local para el esparcimiento de sus habitantes. Las instalaciones del campo de Arvin —sin contar con el alquiler del terreno— tienen un coste aproximado de dieciocho mil dólares.

En este campamento se facilita a los jornaleros agua, papel higiénico y algunas medicinas. El director del campo vive allí mismo. A los jornaleros que llegan para acampar se los acepta con las siguientes condiciones: 1) que los hombres sean auténticos granjeros y hayan venido a trabajar, 2) que se comprometan a colaborar para mantener el campamento limpio y 3) que, en lugar de pagar un alquiler, dediquen dos horas a la semana al mantenimiento y la mejora del campamento.

Los resultados han sobrepasado todas las expectativas. Desde el principio, la dirección ha querido devolver a los jornaleros la dignidad y la decencia que su intolerable modo de vida les había arrebatado.

En esta serie de artículos, la palabra «dignidad» se ha empleado varias veces. No se ha utilizado como sinónimo de «vanidad»; con esta palabra hemos querido referirnos a la responsabilidad del hombre para con su comunidad. Un hombre a quien llevan de un lado para otro como si fuera una bestia, rodeado de guardias armados, hambriento y obligado a vivir entre la suciedad, pierde su dignidad, esto es, pierde el lugar que

legítimamente le corresponde en la sociedad y, por consiguiente, su ética social. No existe un mejor ejemplo de este proceso que la vida en la cárcel, donde los hombres se ven totalmente despojados de su dignidad y donde los crímenes y las infracciones de las reglas son constantes.

Por tanto, consideramos la destrucción de la dignidad una de las consecuencias más lamentables de la vida del emigrante, pues limita su responsabilidad y lo convierte en un triste paria que la emprenderá contra el Gobierno como mejor se le ocurra.

El ejemplo de Arvin refuerza esta convicción. A los habitantes del campamento se los anima al autogobierno, y su respuesta ha consistido en el ejercicio de una democracia sencilla y viable. El campamento está dividido en cuatro unidades; cada unidad está representada —mediante un sistema de elección directa— en el comité central, el comité de fiestas, el comité de mantenimiento y el comité de las «buenas vecinas». Cada uno de sus miembros es elegido por los votos de su unidad, que también puede destituirlo por votación. El gerente tiene derecho a veto, por descontado, pero casi nunca resulta necesario que actúe en contra de las recomendaciones del comité.

Los resultados de este sistema de autogobierno han sido extraordinarios. Los habitantes del campamento llegaron aquí abatidos, tristes y en la indigencia. Pero en cuanto recobraron el sentido social, se recuperaron. El campamento se ocupa de sus residentes más necesitados y, gracias a su modesto almacén, alimenta y guarece a aquellos que no tienen nada. El comité central dicta las leyes que rigen la conducta de los habitantes.

Durante el año en que el campamento de Arvin ha estado en funcionamiento, no ha hecho falta recurrir a la policía local. Las multas consisten en la restricción de ciertos privilegios como la admisión en los bailes que organiza la comunidad o, en caso de conducta antisocial continuada, en la recomendación al director de que expulse del campamento al culpable.

El comité de mantenimiento asigna los trabajos que se tienen que realizar en el campo: mejoras, retirada de basuras, mantenimiento y reparaciones. El comité de fiestas organiza los bailes semanales, en los que toca una banda formada por los habitantes del campamento. Y tocan tan

bien que una ya ha sido contratada por una radio. Este comité también se encarga de la organización de juegos y de la construcción de canchas.

Las buenas vecinas, un comité integrado por señoras, participan en actividades de costura y confección de edredones, se ocupan de que nadie se vea en la miseria y dirigen y supervisan la guardería, donde las madres pueden dejar a los niños mientras ellas trabajan en el campo y en las plantas de empaquetado. Y todo lo hacen con la ayuda de un director y de una enfermera a media jornada. En tanto que experimentos sobre la práctica de un autogobierno natural y democrático, estos campamentos son algo único en Estados Unidos.

Al visitar estos campamentos, varias cosas en particular llaman vivamente la atención. De los rostros de los habitantes de los campamentos federales han desaparecido aquellas expresiones hurañas y asustadas tan frecuentes entre los emigrantes, reemplazadas ahora por miradas tranquilas y una confianza que solo puede nacer de la dignidad recuperada.

Este cambio parece radicar en el nuevo lugar que ocupa el emigrante en el seno de la comunidad. Antes de que llegara al campamento, lo habían controlado, odiado y trajinado de un lado a otro. Le habían dejado muy claro que no lo querían.

En los campamentos federales, sin embargo, la dirección se desvive por devolverle su lugar en la sociedad. Ningún habitante del campamento recibe prestaciones sociales.

En el campamento de Arvin, el comité central aconsejó la expulsión de una familia que había solicitado ayudas públicas. Aquí, el nivel de empleo es más alto que en grupos de jornaleros similares: como estos hombres no se ven desposeídos del todo, son mejores trabajadores. Al parecer, los granjeros de los alrededores prefieren a los jornaleros del campamento.

Los habitantes de los campamentos federales no pertenecen a ningún grupo escogido. Son un ejemplo perfecto del nuevo emigrante: llegan de Oklahoma, Arkansas, Texas y otros estados afectados por la sequía. El 85 por ciento de estos emigrantes eran propietarios de granjas, aparceros o jornaleros. Entre el 15 por ciento restante se cuentan pintores, mecánicos, electricistas e incluso algunos profesionales.

Cuando una nueva familia llega a uno de estos campamentos, suele estar sucia, cansada y deshecha. Entonces, un grupo de las buenas vecinas la recibe, le explica las reglas, la ayuda a instalarse, le enseña a utilizar las unidades sanitarias y, si faltan mantas o tiendas, se las consiguen en sus almacenes.

Lavan y bañan a los niños y estudian las necesidades que puedan surgir en el futuro. Si los niños no tienen ropa suficiente, las mujeres del grupo de costura de la comunidad se ponen manos a la obra de inmediato. En caso de que algún miembro de la familia esté enfermo, llaman al director del campamento o a la enfermera para que se ocupe de su tratamiento.

Estas buenas vecinas no son trabajadoras sociales cualificadas, pero tienen algo que quizá sea más importante: una comprensión que nace de haber vivido experiencias similares. Nada de lo que le haya sucedido al recién llegado es nuevo para el comité.

Un informe cualquiera del director sería así: «Recién llegados. Pocos víveres. La mayoría de sus pertenencias iban atadas en sacos y estaban muy sucias. Las buenas vecinas se ocuparon de inmediato de la familia y, a las diez, después de comer, lavarse, acampar e instalarse, los recién llegados ya dormían».

Estos dos campamentos alojan a unas doscientas familias cada uno. Fueron creados como experimentos, y los experimentos han tenido éxito. Entre las filas de tiendas, las familias han plantado pequeños jardines donde cultivan verduras, y las bancadas, de las que tienen que ocuparse después de diez o doce horas de trabajo dan remolacha, coles, maíz, zanahorias, cebollas y nabos. Su pasión por cultivar es enorme. Un hombre al que todavía no le han asignado su bancada riega esperanzado una planta de estramonio solo para tener algo cultivado por él.

El Gobierno federal, a través del Programa Federal de Realojamiento[7], tiene previsto extender estos campamentos e incluir en los mismos pequeñas granjas de subsistencia que contribuirán a la resolución de varios problemas.

Permitirán que las mujeres y los niños estén en un solo lugar: los niños podrán ir a la escuela, y las mujeres, cuidar las granjas mientras los hombres trabajan. Paliarán el desgaste que conlleva la vida del emigrante,

volverán a inculcar a los temporeros el sentido de gobierno y de la propiedad que han perdido. Situadas cerca de las zonas de demanda de mano de obra estacional, estas comunidades permitirán a los granjeros de subsistencia trabajar en las cosechas a la vez que pondrán fin su vagabundeo por todo el estado. Ante los logros de estos campamentos federales —transformar a criminales potenciales en ciudadanos—, el gasto de dinero en gases lacrimógenos aparece como una medida absurda.

La mayoría de estos nuevos emigrantes de la Dust Bowl se convertirán en ciudadanos del estado de California. En estos campamentos han podido demostrar su capacidad para producir y cooperar. Están firmemente decididos a vivir de la tierra. Uno de ellos dijo: «Si lo que tiene es trabajo, señor, nosotros lo cogemos. Nuestros padres nunca aceptaron limosna y esta familia tampoco la va a aceptar ahora».

Algunos grupos de presión de California se oponen a la creación de más campamentos federales prevista por el Programa Federal de Realojamiento. Estos son sus argumentos en contra de los campamentos:

Los campamentos acrecentarán la necesidad de policías locales. Sin embargo, en los dos campamentos que llevan más de un año funcionando no ha hecho falta la presencia de policía local, mientras que los poblados de chabolas son una carga constante para la oficina del *sheriff*.

El segundo argumento es que se incrementará el gasto escolar del distrito. La adjudicación de fondos para las escuelas corre a cuenta del estado y se decide en función del número de alumnos, pero por mucho que el gasto escolar aumente, las comunidades necesitan del trabajo de estas familias y deben asumir sus responsabilidades. La alternativa: una generación de analfabetos.

El tercer argumento es que los campamentos depreciarán el suelo debido a la clase de gente que vive en ellos. Los campamentos que ya están en funcionamiento no han incidido en modo alguno en el precio del suelo y sus gentes son buenos americanos que se han demostrado capaces de mantener el estilo de vida propio de sus conciudadanos. La limpieza y la ausencia de enfermedades en los dos campamentos experimentales son buena prueba de ello.

El cuarto argumento lo ha expuesto el director del *Herald* de Yuba City, el sádico —condición que él mismo admite— autor de una serie de editoriales incendiarios y subversivos acerca del campamento de Marysville, quien afirma que estos lugares son un semillero de huelgas. La presión de los hechos obligó a este patriota de Yuba City a retirar su afirmación de que el campamento estaba infestado de radicales. Este es el argumento del que echan mano las asociaciones de agricultores. Sin andarse con rodeos, estas asociaciones sostienen que su éxito depende de la presencia de un contingente de peones. Cualquier medida encaminada a mejorar las condiciones de vida de los emigrantes será recibida por las asociaciones como una medida radical.

5

En California las familias de emigrantes se encuentran con que el subsidio de desempleo, al que tienen derecho los desempleados que residen en el estado, no les sirve de gran cosa. En primer lugar, se ha desarrollado un procedimiento habitual para conseguir los subsidios: los que saben qué teclas conviene tocar pueden conseguir subvenciones de varias agencias estatales y federales, mientras que quienes desconocen la existencia de tales procedimientos verán su solicitud rechazada.

El emigrante siempre está parcialmente desempleado. La naturaleza de su trabajo hace que este sea estacional y que, además, el temporero no tenga derecho a ningún subsidio. El requisito indispensable para la concesión de subsidios es residir en el estado.

Pero al emigrante le resulta imposible cumplir esta condición. Está obligado a desplazarse de un lugar a otro. Si se instalara en un lugar durante el tiempo necesario para convertirse en residente, se moriría de hambre. Al presentar su solicitud, comprueba que no se le puede incluir en las listas de beneficiarios de prestaciones. Y su ignorancia hace que, llegado a ese punto, desista de su empeño.

Por la misma razón, descubre que no tiene derecho a disfrutar de las prestaciones reservadas a los residentes del condado. El hospital del condado no se construyó para las personas de paso, sino para las que residen en el condado.

La historia de una familia y sus experiencias con las prestaciones médicas, laborales y de emergencia resulta muy esclarecedora. Esta familia estaba compuesta por cinco personas: un hombre de cincuenta años, su mujer de cuarenta y cinco, dos niños, de quince y doce años, y una niña de seis. Habían llegado de Oklahoma, donde el padre llevaba un pequeño rancho de cincuenta acres de pradera.

Cuando el rancho se quedó sin agua y el viento les robó la tierra, cargaron todo lo que pudieron en un viejo Dodge y partieron rumbo a

California. Llegaron a tiempo para la cosecha de naranjas del sur del estado e hicieron una buena temporada.

Entre el hijo mayor y el padre ganaron sesenta dólares. Hacia esa época se rompieron algunos piñones del diferencial del coche y la reparación, junto con las llantas de segunda mano, les costó veintidós dólares. La familia se trasladó al condado de Kern para la vendimia y acampó en el poblado de chabolas a las afueras de Bakersfield.

Entonces el hombre se hizo un esguince en el tobillo y la niña cogió el sarampión. La cuenta del médico ascendió a diez dólares del dinero que les quedaba y el resto se les fue con la comida y el transporte.

El chico de quince años era el único miembro de la familia que ganaba dinero. El niño de doce años recogió un engranaje de latón en un jardín y fue a venderlo. Lo arrestaron y terminó en el tribunal de menores, pero lo pusieron en libertad bajo la custodia de su padre, quien tuvo que andar desde el poblado de chabolas hasta Bakersfield con un esguince en el tobillo porque al coche ya no le quedaba gasolina y no quería arriesgarse a gastar parte del dinero que le quedaba en comprar más.

Esta caminata le empeoró el esguince y lo dejó otra vez sin poder trabajar. La niña ya se había recuperado del sarampión, pero como no le cuidaron los ojos, perdió algo de visión.

Fue entonces cuando el padre solicitó una ayuda del Gobierno, pero resultó que no tenía derecho a recibir prestación alguna porque no cumplía con todos los requisitos de residencia. Ya no le quedaban recursos. Los vecinos del poblado le dieron a su familia un poco de comida. Un vecino que tenía una cabra le llevaba a la niña un vaso de leche cada día.

Un buen día, el niño de quince años regresó de trabajar en el campo con el costado adolorido; le dolía mucho y tenía fiebre. La madre le puso paños calientes en el estómago y un vecino llevó al padre, impedido, al hospital del condado para que pidiera ayuda. El hospital estaba lleno, ocupado por residentes legales. Nadie se tomó en serio aquel problema que el padre describió como un dolor en el estómago.

Al hombre le dieron una dosis de sales bastante generosa para que se la diera al chico. Esa noche, el dolor se hizo tan intenso que el muchacho quedó inconsciente. El padre telefoneó al hospital, pero no había nadie de

guardia para ocuparse de su caso. El niño murió de apendicitis al día siguiente.

No tenían dinero, y fue el condado el que corrió con los gastos del entierro. El padre vendió el Dodge por treinta dólares y compró una corona de dos dólares para el funeral. Con el resto del dinero, se aprovisionó de comida, comida barata y saciante: alubias, avena, manteca… Intentó volver a trabajar en las cosechas. Algunos vecinos lo llevaban al campo en coche cobrándole algo por el transporte.

No tardó mucho en volver a resentirse del tobillo, y no conseguía ganar más de setenta y cinco centavos al día como recolector. Volvió a solicitar una de las ayudas previstas para casos de emergencia, pero se la denegaron otra vez porque no era residente del condado y tampoco estaba desempleado. La niña, sin bastante que comer y aún débil del sarampión, cogió la gripe.

El padre no volvió al hospital del condado; recurrió a un médico privado que se negó a desplazarse al poblado de chabolas a menos que le pagaran por anticipado. El padre le pagó al doctor con el jornal de dos días; el doctor fue hasta la chabola de la familia, le tomó la temperatura a la niña, le dio siete píldoras a la madre, le dijo que mantuviera a la pequeña bien abrigada y se marchó. El padre perdió el trabajo porque era demasiado lento.

Volvió a pedir ayuda a las instituciones y esta vez le dieron un lote de comestibles para una semana.

Y la situación podría prolongarse indefinidamente. Casos como este se encuentran a millares. Este hombre tenía a su disposición medios para conseguir ayuda, sostendrán algunos. Pero ¿cómo iba a saber adónde acudir? No tenía forma de enterarse.

Para sortear estos problemas, las comunidades de California han echado mano de los métodos de toda la vida. El primero, hacer oídos sordos y negar rotundamente la existencia del problema; el segundo, declinar todas la responsabilidades locales, pues los afectados no son residentes permanentes; y el tercer método, el más ridículo de todos, consiste en ir empujando el problema hasta los límites del condado, hasta que recaiga en el condado vecino. Este sistema —los estados se desembarazan de sus

«indeseables» endosándoselos al estado vecino— no es otra cosa que un juego en el que todos se van pasando la pelota.

El foco de anquilostomiasis del condado de Stanislaus es un excelente ejemplo de esta estúpida cerrazón. El fango próximo a los cauces de agua, donde acampan los jornaleros, está infestado de parásitos. Varios empresarios de Modesto y Ceres han propuesto una solución: desalojar a los jornaleros. Ni se les pasó por la cabeza la posibilidad de aislar a los afectados y erradicar el anquilostoma.

Según estos empresarios, los afectados tendrían que ser expulsados del condado, pero con esto solo terminarían extendiendo la enfermedad a otros campos. Esta negativa de los condados a pensar en otra cosa que no sea la economía y los beneficios locales a corto plazo es la culpable, en gran medida, de la difícil solución de los problemas de los emigrantes. La perspectiva de tener que hacerse cargo de los trabajadores que necesitan para la cosecha parece aterrorizar a las autoridades locales.

Según varios estudios encargados por instituciones federales y estatales y llevados a cabo a partir de una muestra de emigrantes bastante elevada, lo máximo que puede ganar un jornalero al año son cuatrocientos dólares. La media ronda los trescientos dólares, mientras que las ganancias mínimas suelen situarse entorno a los ciento cincuenta dólares. Esta cantidad debe cubrir los gastos de alimentación, vestido y transporte de familias enteras.

En ocasiones, toda la familia puede trabajar en el campo, con lo que se consiguen salarios extra; también se han observado casos en los que una familia, debilitada por las enfermedades y la malnutrición, ha trabajado en el campo pero no ha conseguido llegar a ganar el salario de un solo hombre sano. No pasa mucho tiempo antes de que el trabajo en el campo afecte la salud de la familia. Siempre falta comida y los lujos de cualquier tipo brillan por su ausencia.

Según estos estudios, esta es, poco más o menos, la dieta de una familia con ingresos:

Familia de ocho miembros: col cocida, boniatos asados, zanahorias rehogadas, alubias y masa frita hecha de harina y agua.

Familia de siete miembros: alubias, bollos, mermelada y café.

Familia de seis miembros: salmón en conserva, pan de maíz y cebollas crudas.

Familia de cinco miembros: bollos, patatas fritas, hojas de diente de león y peras.

Esta es la comida principal del día. Conviene tener en cuenta que, incluso en épocas de bonanza, no tienen ni leche ni mantequilla. Las féculas copan la mayor parte de su dieta. Cuando los emigrantes pasan estrecheces, las féculas integran la totalidad de su dieta, pues son los alimentos más baratos y saciantes. Cuando escasea el trabajo, la comida principal suele parecerse a esto:

Familia de siete miembros: alubias y masa frita hecha de harina y agua.

Familia de seis miembros: pan de maíz frito.

Familia de cinco miembros: gachas de avena.

Familia de ocho miembros (con seis niños): hojas de diente de león y patatas cocidas.

Como se aprecia, incluso en las épocas de mayor prosperidad es casi imposible que la familia se mantenga sana. La falta de leche para los niños es la responsable de gran número de enfermedades causadas por la malnutrición. No es extraño que lleguen a producirse casos de pelagra.

La preparación de los alimentos es sumamente primitiva. Para cocinar, pocas veces cuentan con más que un agujero en el suelo o con un bidón de queroseno con orificio de ventilación y una abertura frontal. Tras pasar diez horas en los campos o en las plantas de empaquetado los adultos no tienen ganas de cocinar, así que compran comida en conserva mientras tienen dinero y, cuando están mal de fondos, sobreviven a base de harinas medio crudas.

Los partos son uno de los peores problemas de los emigrantes. Las madres no reciben ningún tipo de cuidado prenatal y tampoco tienen la posibilidad de recibirlo. Deben trabajar en el campo hasta que se ven físicamente incapacitadas y, cuando estas futuras madres no trabajan, el cuidado de los otros niños y de su chabola no les da tregua.

El doctor solo asiste al parto en contadas ocasiones. En algunos poblados de chabolas, es una vecina quien a veces ayuda durante el alumbramiento. La ausencia de precauciones y de medios para garantizar la

higiene es absoluta; el niño nacerá sobre papel de periódico o sobre una cama sucia. Si el bebé viene mal colocado y se requiere una intervención quirúrgica o el uso de fórceps, la madre está prácticamente condenada. Y cuando el bebé ha nacido, no se le cuidan los ojos y tampoco recibe el sinfín de atenciones médicas que tanto se prodigan a los bebés de clase media.

La madre, que por lo general padece malnutrición, no da leche. A veces se alimenta al recién nacido con leche en polvo hasta que es capaz de tolerar los buñuelos de agua y harina y el pan de maíz. En estos casos, el índice de mortalidad infantil es altísimo.

Veamos el siguiente ejemplo. Madre de familia con tres hijos. Tiene treinta y ocho años; la cara, delgada y llena de arrugas; la mirada, vidriosa y endurecida. Los tres hijos que lograron sobrevivir nacieron antes de 1929, cuando la familia arrendaba una granja en Utah. En 1930 esta mujer tuvo a un hijo que solo vivió cuatro meses y murió «de un cólico».

En 1931 tuvo otro niño, que nació muerto porque «una carretilla llena de cajas se me echó encima dos días antes de que naciera el bebé». En 1932 sufrió un aborto espontáneo. «Perdí al bebé porque estaba enferma». Se siente avergonzada. En 1933 su bebé vivió una semana. «Se murió, tal cual… No sé de qué». En 1934 no quedó embarazada. Esto también la avergüenza un poco. En 1935 su bebé vivió un poco más, nueve meses.

«Durante un tiempo pareció que iba a vivir. Se veía grande y fuerte». Ahora está embarazada de nuevo. «Si pudiéramos conseguirle leche, la cosa iría mejor». Este caso tan extremo no es infrecuente, ni mucho menos.

6

La historia de la importación de mano de obra extranjera en California y del trato que se le ha dispensado es una vergonzosa muestra de crueldad y avaricia. Los primeros contingentes de trabajadores extranjeros estaban integrados por miles de chinos, importados como mano de obra barata para la construcción del ferrocarril transcontinental. Cuando este estuvo construido, algunos chinos continuaron trabajando en el ferrocarril como peones en cuadrillas de mantenimiento, pero la mayoría terminó trabajando en el campo, como mano de obra barata.

El nivel de vida de los chinos en su país de origen era tan bajo que los jornaleros blancos no podían competir con ellos. Además, la estructura familiar de los chinos les permitía hacerse con algo de tierra y sacarle más rendimiento que los blancos. Y los jornaleros blancos la emprendieron contra los *coolies*. La animadversión contra los chinos creció y desembocó en disturbios que, poco a poco, fueron apartando a los chinos del trabajo en el campo, a la vez que las leyes de inmigración cerraban las fronteras a nuevas entradas.

El siguiente contingente de mano de obra barata introducido en el país fue el de los japoneses, y la historia de sus actividades fue prácticamente idéntica a la de los chinos: su bajo nivel de vida les permitió acumular propiedades mientras copaban los puestos de trabajo de los blancos. Y llegaron los disturbios, las leyes del suelo y el cierre de fronteras. El resentimiento hacia los japoneses cristalizó en el tópico literario del «peligro amarillo», que llegó a su cénit justo antes de la guerra[8]. Como los japoneses eran una amenaza para los trabajadores blancos, se prescindió de ellos; algunos habían adquirido tierras, otros se mudaron a las ciudades y a muchos los desplazaron o los deportaron. Aunque los jornaleros japoneses no llegaron a constituirse en sindicato, desarrollaron una especie de organización espontánea que hacía que fueran menos manejables que los chinos.

Pero como siempre, la idiosincrasia de la agricultura californiana obligó a los propietarios de granjas a recurrir, desesperados, a los jornaleros. A principios de siglo tenían a su disposición otra fuente de mano de obra barata. Introdujeron en el país a un gran número de mexicanos; el nivel de vida que eran capaces de sobrellevar abarató tanto los jornales que los blancos no pudieron competir. En 1920 ya había en California ochenta mil personas nacidas en México. La implantación de la agricultura intensiva en el valle de Imperial y en el sur de California forzó la contratación de esta mano de obra barata.

Y hacia la misma época, las grandes fincas y los grupos de agricultores y transportistas se convirtieron en la mayor fuente de demanda de jornaleros. Cuando se planteó la necesidad de imponer cuotas, los pequeños granjeros (propietarios de cinco a veinte acres) no se opusieron a las restricciones a la introducción de jornaleros extranjeros, y un 66 por ciento estuvo a favor de la cuota. Por otro lado, los grandes grupos agrícolas, se opusieron a la susodicha cuota. Un 78 por ciento estuvieron abiertamente en contra de cualquier limitación a la importación de mano de obra extranjera. Con la Depresión, los salarios de los trabajadores agrícolas del sur del estado se desplomaron hasta niveles tan bajos que a los trabajadores blancos no les alcanzaban para vivir. La hora se pagaba, de media, a unos catorce centavos.

Más allá de su bajo coste, la mano de obra mexicana les ofrecía a los grandes agricultores muchas ventajas. Cuando ya no necesitaban a más jornaleros, podían deshacerse de ellos como si fueran basura. El condado se desentendía de los enfermos y los minusválidos; y además, si los jornaleros protestaban por sus bajos salarios o por sus terribles condiciones de vida, se los podía deportar a México por cuenta del Gobierno.

Hace poco, siguiendo el ejemplo de los trabajadores en México, los mexicanos de California han empezado a organizarse en un sindicato, pero en el sur de California este intento ha sido contestado con unas muestras de ferocidad y de violencia intimidatoria impensables en un estado civilizado.

Por lo que respecta a las actividades represivas de los grandes agricultores, un informe de la comisión especial presentado a la Cámara Nacional de Trabajo[9], sostiene que: «Esencialmente, buena parte de los

problemas con los trabajadores mexicanos en el valle de Imperial no es más que la consecuencia de la voluntad natural de los trabajadores de crear un sindicato.

»Sus esfuerzos se han visto neutralizados por una oposición muy bien organizada… Con las pruebas de que disponemos, podemos afirmar que, en más de un caso, la ley se ha visto pisoteada por ciudadanos destacados del valle de Imperial y por algunos de los funcionarios públicos que habían jurado defender esa ley».

El informe detalla algunos de estos atropellos: «A gran número de hombres y mujeres los han arrestado sin que hayan sido fichados por la policía […] Se ha recurrido a la intimidación para obligarles a declararse culpables de delitos graves […] Algunas de las fianzas impuestas eran tan elevadas que imposibilitaban, de hecho, la puesta en libertad». El informe añade: «En nuestra opinión, ni los funcionarios de los cuerpos de seguridad ni los civiles se andaban con reparos a la hora de sacar las pistolas y la policía recurría a los gases lacrimógenos sin justificación alguna.

»No entendemos por qué cerca de ochenta agentes consideraron necesario el uso de gases contra varios centenares de hombres, mujeres y niños en un edificio de una planta, relativamente pequeño, mientras efectuaban un registro para localizar a tres “agitadores”».

En el valle de Imperial, el derecho a la libre expresión, el derecho de reunión y el derecho a un juicio con jurado no se hacen extensivos a los mexicanos.

El trato que reciben estos trabajadores, junto con la deportación de grupos numerosos y el plan del Gobierno mexicano para repatriar a sus nacionales, está contribuyendo a la expulsión gradual de la mano de obra mexicana de los campos de California. Como hicieron los chinos y los japoneses, los mexicanos han cometido el único crimen que los grandes agricultores no van a pasar por alto: han intentado organizarse para, así, protegerse. Es probable que, en poco tiempo, el campo de California ya no pueda recurrir a los braceros mexicanos.

El último contingente de mano de obra extranjera al que recurrieron los agricultores californianos fue el de los filipinos. Entre 1920 y 1929, treinta y un mil hombrecillos morenos llegaron a Estados Unidos y muchos se

quedaron en California para formar un nuevo ejército de peones. Casi todos eran hombres jóvenes y solteros. Sus mujeres no se vinieron con ellos. La mayoría encontró empleos agrícolas en el centro y el norte de California. Sus salarios son los más bajos que jamás se han pagado a jornaleros extranjeros.

Al igual que los mexicanos, los japoneses y los chinos, los filipinos han sido víctimas de la discriminación racial. Son un caso único en el campo de California. Como son jóvenes, varones y solteros, se organizan en grupos espontáneos de cinco, seis u ocho miembros que comparten sus recursos para poder comprar artículos como un coche. Su vida en común es una auténtica lección de economía.

Según un coordinador laboral de la Agencia de Ayudas del estado de California[10], «A menudo pasan una semana entera con dos puñados de arroz y un poco de pan».

A estos jóvenes no les permitieron que se trajeran con ellos a sus mujeres y, al mismo tiempo, las leyes matrimoniales de California se enmendaron para incluir a las personas de raza malaya entre las que no se podían casar con los blancos. Como eran jóvenes y varones, para desfogarse solo les quedaban los encuentros ilegales con mujeres blancas, recurso que no solo les ha valido la fama de inmorales sino que también ha sido la causa directa de muchos de los ataques raciales que han sufrido.

Eran buenos trabajadores, pero al igual que los emigrantes que los precedieron, los filipinos cometieron el pecado imperdonable de intentar constituir un sindicato para protegerse, intento que trajo consigo las amenazas terroristas de rigor.

Un buen ejemplo de esta situación fue la redada del año pasado en el valle de Salinas: los vigilantes incendiaron los barracones de los filipinos y destruyeron todos sus bienes. Al propietario de los barracones le indemnizaron por las pérdidas, pero aunque los filipinos interpusieron una demanda, todavía no se ha hecho pública ninguna resolución a su favor.

Pero estos emigrantes no serán un factor determinante en la agricultura californiana por mucho tiempo. Con la independencia de Filipinas, los treinta y cinco mil filipinos de California se han convertido, de repente, en extranjeros. El Gobierno federal y el Gobierno filipino han iniciado una

campaña para repatriar a todos los filipinos del estado. Que se lleve a cabo es solo cuestión de tiempo.

Las oleadas de jornaleros extranjeros, cada vez más reducidas, están dejando la agricultura de California en manos de nuestra gente. Las antiguas prácticas, el hambre y la intimidación con que se amenazaba a los braceros extranjeros, están siendo utilizadas contra los nuevos jornaleros blancos. Pero no darán resultado.

Los agricultores de California, por tanto, deben empezar a replantearse la situación y a reorganizar su modelo económico. En California los temporeros serán blancos, serán americanos y exigirán un nivel de vida mucho más alto que el de la «mano de obra barata».

Algunos de los grandes agricultores más progresistas defienden a los braceros blancos con el argumento de que «no pasarán a vivir de las prestaciones sociales con tanta rapidez como los mexicanos». Estos entusiastas no se dan cuenta de que el mismo orgullo y el mismo amor propio que impide a estos trabajadores emigrados aceptar caridad y ayudas públicas si les queda otra alternativa, también los obligará a rechazar la vida del peón, con la intimidación, la pobreza y el hambre que conlleva.

La mano de obra extranjera está perdiendo peso en California y los próximos jornaleros serán blancos y americanos. No podemos cerrar los ojos: debemos cambiar nuestra actitud hacia los temporeros y el trato que les dispensamos.

7

De las noticias que aparecen en los periódicos casi a diario, de los numerosísimos informes del Gobierno a disposición de todos los interesados y de esta serie de artículos, necesariamente corta, se desprende que hace falta un plan para abordar el problema de los emigrantes. Y no se trata tan solo de razones humanitarias: es la agricultura misma de California la que dicta la urgencia de este plan. A la luz de un estudio de la situación, algunas propuestas resultan obvias. Las siguientes ofrecen una solución parcial del problema:

Como la mayor parte de los emigrantes americanos blancos eran propietarios de granjas, aparceros o jornaleros, su formación y sus expectativas han estado ligadas desde siempre a la agricultura. Así, debería concedérseles tierras en usufructo o, en la medida de lo posible, debería reservarse algunas propiedades del Gobierno federal y estatal para convertirlas en granjas de subsistencia para los emigrantes. Las familias de trabajadores emigrantes podrían arrendar estas tierras a bajo precio o comprarlas a plazos.

Las parcelas de estas granjas de subsistencia deberían estar situadas en regiones en las que exista una alta demanda de temporeros. En estas propiedades tendrían que construirse casitas para que en ellas se instalaran las familias y escuelas para que los niños pudieran recibir la educación necesaria. A los ocupantes de estas granjas se los tendría que animar y ayudar a que cultivaran frutas y verduras y criaran animales —cerdos, pollos, conejos, pavos y patos— para su consumo.

Los cultivos tendrían que escalonarse para que no interfirieran con la demanda de trabajadores itinerantes. En época de demanda estacional, la familia tendría que poder seguir viviendo en su casa para que solo los hombres que fueran a trabajar tuvieran que desplazarse. Las mujeres, los niños y todos aquellos que no pudieran conseguir un empleo, como los

ancianos y las personas parcialmente impedidas, se ocuparían de las granjas de subsistencia durante la época de las cosechas.

En estas comunidades se debería fomentar el espíritu de cooperación y de ayuda mutua para que, rigiéndose por un sistema de autogobierno y recuperando la responsabilidad social, estas gentes puedan integrarse de nuevo en las filas de los ciudadanos. Estos proyectos deberían estar sufragados por el Gobierno federal, por el estado y por los condados. Y las comunidades que más temporeros necesiten también deberían contribuir a su bienestar.

El coste de estas iniciativas no superaría el presupuesto que ahora se destina a los gases lacrimógenos, las metralletas, la munición y los sueldos de los ayudantes del *sheriff*. A cada una de estas granjas de subsistencia se le debería asignar un agricultor cualificado para que impartiera a sus ocupantes nociones de agricultura científica; y se debería fomentar el espíritu de cooperación para que recursos como tractores y otras herramientas de la granja fueran de uso común. La escuela —o la cámara local de salud pública— debería dispensar atenciones médicas, educar a los residentes para que adopten prácticas higiénicas y fomentar la aplicación de dichas prácticas. Con la construcción de estas granjas se resolvería el problema de la alimentación de los temporeros durante los cinco o seis meses que pasan desempleados, se erradicarían los devastadores efectos del nomadismo sobre la vida de las familias y se garantizaría la educación de los niños.

Debería crearse en el estado una Cámara de Trabajo Estacional con delegaciones allí donde exista demanda de este tipo de mano de obra. Y en esta cámara deberían estar representados los temporeros.

Así, antes de que llegue la época de mayor demanda, los comités locales deberían sondear la zona para evaluar cuántos temporeros harán falta y qué salarios se van a pagar, y luego deberían dar a conocer sus cálculos. Deberían comunicar sus resultados a los granjeros de subsistencia y a los sindicatos de braceros para que la cosecha no termine convirtiéndose en una carrera inmensa y caótica con tres veces más braceros de los que hacen falta.

Hace mucho tiempo que las compañías agrícolas y de transporte, las grandes fincas y las empresas agrícolas fomentan la llegada del doble de temporeros de los que necesitan. Con un excedente de mano de obra, pueden rebajar los salarios hasta niveles absolutamente intolerables. La Cámara de Trabajo Estacional (siempre y cuando cuente con la suficiente presencia de temporeros) pondría fin a estas prácticas.

Se debería fomentar la creación de un sindicato de trabajadores del campo y contribuir a su desarrollo. Con este sindicato, los temporeros tendrían la posibilidad de proteger sus intereses, distribuir el trabajo de un modo más racional e implantar un sistema de autogobierno que les permitiese atender a sus propios problemas. Los mismos argumentos que ahora se esgrimen contra la creación de un sindicato de trabajadores del campo son los que también se utilizaron hace sesenta años contra la constitución de sindicatos de artesanos y trabajadores cualificados. Entonces, los detractores de las organizaciones obreras sostenían que si los trabajadores se organizaban, la industria no podría sobrevivir. No hay motivos para pensar que la agricultura se resentirá más que la industria de la aparición de los sindicatos.

Lo cierto es que, hasta que la mano de obra agrícola no se organice en sindicatos y los temporeros cuenten con representación en los organismos y lugares en los que se deciden sus salarios, estos salarios no harán más que bajar y las condiciones de vida irán volviéndose cada vez más intolerables, hasta que el dolor, el hambre y la desesperación empujen a las masas de temporeros a la rebelión.

El fiscal general, competente en la materia, debería investigar e identificar el origen de todas las acciones violentas protagonizadas por los vigilantes, una auténtica vergüenza para California. Detrás del matonismo no hay tanta gente; si el Gobierno puede dar caza a los secuestradores, también tendría que ser capaz de organizar una investigación para localizar a los impulsores de la violencia. Como un gobierno no es más que un conjunto de leyes, y como el fenómeno de las bandas de vigilantes constituye un intento de derrocar ese conjunto de leyes y de sustituir el gobierno por la violencia, los responsables del matonismo tendrían que ser

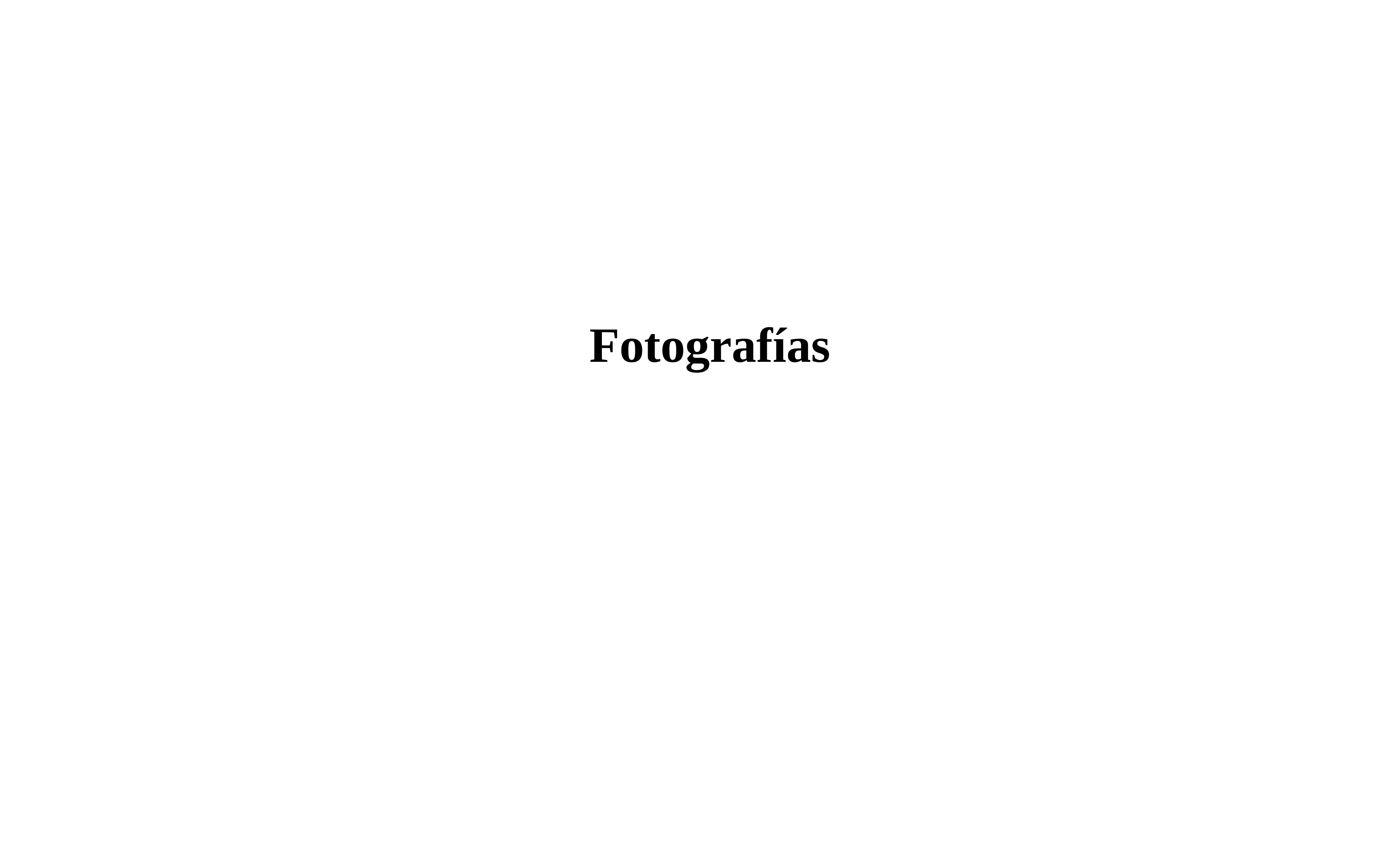
procesados y acusados por atentar contra las leyes sindicales que recoge nuestra legislación.

Dichas leyes solo han sido aplicadas contra los trabajadores; hagamos que también recaigan sobre los grupos de fascistas —mucho más temibles — que predican el derrocamiento de nuestra forma de gobierno y lo imponen con la fuerza de las pistolas.

Si estas propuestas se pusieran en práctica, se podrían paliar, en gran medida, las lamentables condiciones de vida de la mano de obra agrícola de California.

En cambio, y si como sostiene un gran empresario agrícola, nuestra agricultura depende de la creación y del mantenimiento a cualquier precio de una masa de braceros explotados, no nos quedará más remedio que aceptar que la agricultura de California es económicamente insostenible en un sistema democrático. Y si para nuestra seguridad económica tenemos que recurrir al matonismo, si debemos cercenar los derechos humanos, si recurrimos a los castigos físicos, a los asesinatos a manos de ayudantes del *sheriff* y a los secuestros, si nos negamos a la presencia de un jurado en los juicios, solo nos quedará admitir que en California la democracia está desvaneciéndose. En California estos métodos se aplican con más frecuencia, más violencia y más impunidad que en ningún otro lugar de Estados Unidos. Hará falta que la clase media, los trabajadores, los maestros, los artesanos y los profesionales liberales se unan en una militancia siempre vigilante para luchar contra esta filosofía social explotadora y para preservar el gobierno democrático en este estado.

Los nuevos emigrantes de la Dust Bowl han llegado a California para quedarse. Son buenos americanos, hábiles, inteligentes y, cuando se les concede una oportunidad, socialmente responsables. Condenarlos al hambre e intimidarlos hasta la desesperación no dará resultado. Pueden ser ciudadanos ejemplares, pero también pueden convertirse en un ejército espoleado por el sufrimiento y el odio que termine tomando por la fuerza aquello que necesita. De cómo los tratemos en el futuro dependerá el rumbo que se vean obligados a tomar.



Fotografías

Créditos fotográficos

[0] La fotógrafa Dorothea Lange. Archivo de Eduardo Jordá.

[1] Photographer unknown. *Tom Collins* (1942.008 5:252). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[2] Dorothea Lange. *Walking from the mines to the lumber camps to the farms, the 'bindlestiff' had long formed the backbone of California's migrant work force*, Napa Valley, 1938 (1942.008 3:114). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[3] Dorothea Lange. *Oklahoma refugees reach the San Fernando Valley, near Los Angeles*, 1935 (1942.008 1:38.1). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[4] Date and photographer unknown. *Migrant family on Highway 99, near Tracy, California*.

[5] Dorothea Lange. *Migrant family of Mexicans on the road, car trouble* (1942.008 2:101). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library. University of California, Berkeley.

[6] Dorothea Lange. American, 1895-1965. *The Road People*, c. 1935. The Dorothea Lange Collection, Oakland Museum of California, City of Oakland. Gift of Paul S. Taylor.

[7] Dorothea Lange. *Family in flight*, 1935 (1942.008 3:108.3). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[8] Dorothea Lange. *Camp for citrus workers*, San Joaquin Valley, 1938 (1942.008 2:105.1). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[9] Dorothea Lange. *Wife and child of migrant worker camped near Winters*, Sacramento Valley, 1936 (1942.008 2:64). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[10] Dorothea Lange. *Family in Tulare County* (1942.008 3:108.4). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[11] Dorothea Lange. *Drinking water for field workers' families*, Imperial Valley, 1935 (1942.008 2:61). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[12] Dorothea Lange. American, 1895-1965. *Migrant Mother*, c. 1933. The Dorothea Lange Collection, Oakland Museum of California, City of Oakland. Gift of Paul S. Taylor.

[13] Dorothea Lange. *Migrant camp on the outskirts of Marysville*, 1936 (1942.008 2:86). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[14] Photographer unknown. *Family in a one-room shack*, 1935. The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library. University of California, Berkeley.

[15] Photographer unknown. *Camp for migrant agricultural and seasonal cannery workers near Sacramento, California*, 1940.

[16] Dorothea Lange. American, 1895-1965. *Untitled*, c. 1935. The Dorothea Lange Collection, Oakland Museum of California, City of Oakland. Gift of Paul S. Taylor.

[17] *Migratory Mexican field worker's home, March,* 1937 (1942.008 2:102). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library, University of California, Berkeley.

[18] Dorothea Lange. American, 1895-1965. *Tom Collins and the Walter Packard Family*, c. 1935. The Dorothea Lange Collection, Oakland Museum of California, City of Oakland. Gift of Paul S. Taylor.

[19] Dorothea Lange. American, 1895-1965. *Marysville camp for migrants. Resettlement Administration. Shows utility unit and camp sites (toilets, showers, laundry). California*, 1935. Library of Congress.

[20] Dorothea Lange. American, 1895-1965. *Workers at a Farm Security Administration Camp*, Calipatria, Imperial Valley, 1939 (1942.008 7:300). The Bancroft Library. Courtesy of The Bancroft Library. University of California, Berkeley.

[21] Dorothea Lange. American, 1895-1965. *Man Sleeping in Parking Lot*, c. 1934. The Dorothea Lange Collection, Oakland Museum of California, City of Oakland. Gift of Paul S. Taylor.

[22] Dorothea Lange. American, 1895-1965. *Farm Security Administration (FSA) migratory labor camp (emergency). Migratory workers, in camp for the pea harvest, scan the bulletin board at entrance*, 1939. Calipatria, Imperial County, California. Library of Congress.

[23] Dorothea Lange. American, 1895-1965. *Marble time in Farm Security Administration (FSA) migratory labor camp (emergency). Plenty of space to play and plenty of companions for the children during pea*

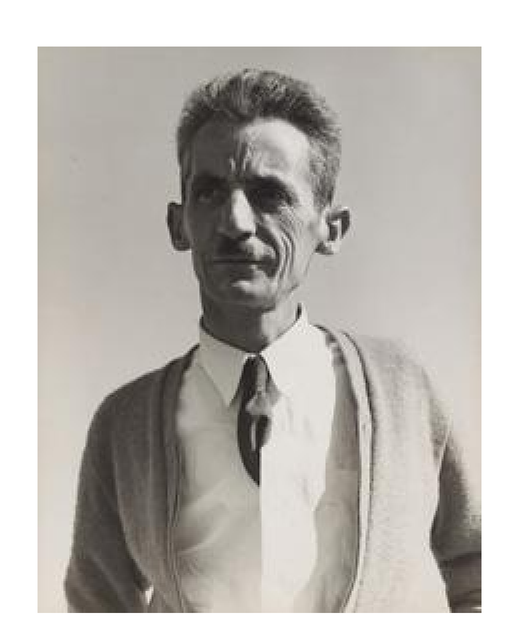
harvest, 1939. Near Calipatria, Imperial Valley, California. Library of Congress.

[24] Photographer unknown. *John Steinbeck*, 1935. Hulton Archive.



[0] La fotógrafa Dorothea Lange. <<

Archivo Eduardo Jordá



[1] Tom Collins. <<

Fecha y fotógrafo desconocidos



[2] *Caminando desde las minas a los campamentos madereros y a las granjas, los vagabundos se convirtieron en la espina dorsal de la población trabajadora inmigrante de California*; valle de Napa, 1938. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[3] *Refugiados de Oklahoma alcanzan el valle de San Francisco*, cerca de Los Ángeles, 1935. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[4] *Parados a un lado de la carretera*. <<

Fecha y fotógrafo desconocidos



[5] *Familia de inmigrantes mexicanos parados en la carretera por un problema mecánico*, febrero de 1936. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[6] *Los nómadas*, c. 1935. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[7] *Familia huyendo*, 1935. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[8] *Campamento para trabajadores del cítrico*, valle de San Joaquín, 1938. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[9] *Esposa e hijo de trabajador inmigrante acampados cerca de Winters,* valle de Sacramento, 1936. <<

Fotografía de Dorothea Lange



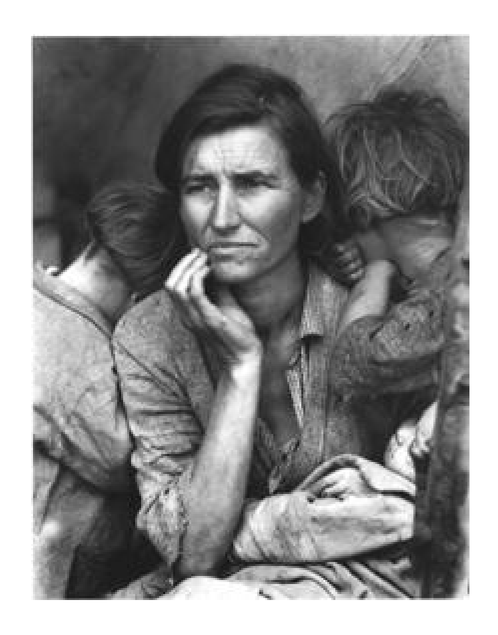
[10] *Familia en el condado de Tulare*. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[11] *Agua potable para las familias de los trabajadores del campo*, valle de Imperial, 1935.
<<

Fotografía de Dorothea Lange



[12] *Madre inmigrante*, Nipomo, 1936. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[13] *Campamento de inmigrantes en las afueras de Marysville*, 1936. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[14] *Familia en una choza de una habitación*, 1935. <<

Fotógrafo desconocido



[15] *Campamento de inmigrantes bajo unos eucaliptos*. **<<**

Fecha y fotógrafo desconocidos



[16] Sin título, c. 1935. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[17] *Hogar de un trabajador junto a un campo de guisantes* (una familia vivió allí durante el invierno). Marzo de 1937. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[18] *Tom Collins y la familia de Walter Packard*, c. 1935. **<<**

Fotografía de Dorothea Lange



[19] *Edificios administrativos en un campamento del Gobierno*, Marysville. <<
Fotografía de Dorothea Lange



[20] *Trabajadores en un campamento de la Farm Security Administration*, Calipatria, valle de Imperial, 1939. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[21] *Hombre durmiendo en un parking*, c. 1934. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[22] *Refugiados de la sequía procedentes de Oklahoma*, 22 de mayo de 1934. <<

Fotografía de Dorothea Lange



[23] Un joven llamado Evon Evanoff jugando a las canicas en una unidad de un campamento provisional cerca de Sacramento, antes de la apertura de un campo permanente, 1941. <<

Fotógrafo desconocido



[24] John Steinbeck, 1935. <<

Fotógrafo desconocido

Notas

[1] Dust Bowl, literalmente «cuenca del polvo», es el nombre que recibió la región geográfica —los estados de Oklahoma, Kansas, Texas, Nebraska, Dakota del Sur y Colorado— que en la década de 1930 se vio afectada por la sequía y las tormentas de polvo. <<

[2] The Grange era un movimiento campesino creado en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX; se trataba de una organización de tipo asociativo y cooperativo. <<

[3] En español en el original. <<

[4] Asociación creada en 1933 por empresarios agrícolas y miembros de la Cámara de Comercio del estado de California con el objetivo de luchar contra las huelgas de los temporeros. <<

[5] La Board of Supervisors, la Junta Supervisora, era el órgano superior de gobierno del condado. <<

[6] California Assembly. <<

[7] La Resettlement Administration fue creada en abril de 1935 en Estados Unidos por Franklin D. Roosevelt con el objetivo de conceder ayuda financiera a los miles de trabajadores rurales desalojados de sus tierras por la sequía. <<

[8] Se trata de la guerra ruso-japonesa (1904-1905). <<

[9] La National Labor Board, la Cámara Nacional de Trabajo, era una agencia independiente creada por F. D. Roosevelt en 1933 para el arbitraje de los conflictos laborales; en 1934 fue reemplazada por la NRLB, la Junta Nacional de Relaciones Laborales. <<

[10] La SRA, State Relief Administration, era una agencia estatal creada en 1935 para ayudar a los damnificados por la sequía de la década de 1930. <<

Document Outline